EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

QUIERO Y NO PUEDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.

Luis de Eguilaz

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomas.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Pláeido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el
Genio y figura.
Historia clnna.
Hacer cuenta sin la
Herencia de lágrima
Instintos de Alarcon
Indicios vehemente
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Ch
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos
Los dos inseparabl
La pesadilla de un
La hija del rey Ren
Los extremos.
Los dedos huesped
Los extasis.
La posdata de una
La mosquita muer
La hidrofobia.
La cuenta del zapa
Los quid pro quos.
La Torre de Londr
Los amantes de Te
La verdad en el es
La banda de la Co
La esposa de Sanc
La boda de Queve
La Creacion y el D
La gloria del arte
La Gitanilla de M
La Madre de San
Las flores de Don
Las apariencias.
Las guerras civile
Lecciones de amo
Los maridos.
La lápida mortu
La bolsa y el bols
La libertad de Fl
La Archiduquesi
La escuela de los
La escuela de los
La escala del po
Las cuatro estac
La Providencia.
Los tres banquer
Las huérfanas d
La ninfa Iris.
La dicha en el bl
La mujer del pu
Las bodas de Ca
La cruz del mis
Los pobres de
La planta exóti
Las mujeres.
La union en Afr
Las dos Reinas.
La piedra filoso
La corona de C
La calle de la
Los pecados de
Los infieles.
Los moros del R

QUIERO Y NO PUEDO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Vírgen de Murillo (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
La llave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.
Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan.
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

QUIERO Y NO PUEDO,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 16 de Marzo de 1867.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

Examinada esta comedia en tres actos, que lleva por título QUIERO Y NO PUEDO, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 10 de Diciembre de 1866.

El censor interino,

LUIS FERNANDEZ GUERRA.

Á DON ALONSO GULLON.

En una de las innumerables comedias de Lope, hay una madre á quien intentan arrebatar dos hijos que tiene:

Dejadme al menos á Eurico,
que me costó mas dolor

hace exclamar á la madre nuestro gran dramático. No prefiere á Eurico por mas bueno ni por mas hermoso, sino porque es el que mas la ha hecho padecer. ¿Qué mucho que yo prefiera entre todas mis hijas, esta, que si no es la mejor ni la mas hermosa, es sin duda alguna la que mayor suma de tiempo y de trabajo me ha

costado? No por mas bella, si por mas querida, deseo que salga á la pública luz, llevando en sus páginas el nombre de V.; de V., á quien tan antigua y leal amistad me une; de V., que con su inteligencia y honradez ha sabido el primero hacer productivo el trabajo de los pobres poetas españoles, consiguiendo así que la profesion de las letras dejara de ser el ferro-carril, que via recta llevaba á los que la seguian al santo hospital donde murió D. Guillen de Castro, el autor de *El Cid*, que ha inmortalizado á Pedro Corneille.

Pertenece esta comedia á un género en el cual, como he dicho en la sétima edicion de *Verdades amargas*, el pensamiento lo es todo: los caractéres, el argumento y el diálogo, le estan completamente subordinados: el poeta no inventa, deduce dentro de las prescripciones mas severas de la lógica; todo es, en fin, forma, menos el pensamiento mismo, que debe dominarlo todo, que debe estar en todos los personajes, desarrollarse en todas las escenas, palpitar debajo de todas las frases; que debe ser, para acabar, la sangre de la comedia, que partiendo del corazon, vaya á dar vida hasta á las mas insignificantes moléculas de los miembros. Pretendiendo llevar á la práctica esta doctrina, he escrito primero *Verdades amargas* y *Las prohibiciones*, y mas tarde, y ya con mas experiencia teatral, *La cruz del matrimonio* y *Los soldados de plomo*. ¿Es *Quiero y no puedo* mas ó menos perfecta que estas otras? Cuestion es esta que no me toca á mí dilucidar: básteme saber que es la que está mas ajustada á las reglas que yo

mismo me he dictado, y que usted opina que es la mejor que he escrito, para que, por mas querida y mas de su gusto, desee que en ella vaya unido el nombre de V. al de su agradecido amigo

Luis de Eguilaz

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA...............	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CONSUELO...........	DOÑA CÁRMEN GENOVÉS.
EMILIA..............	DOÑA DOLORES FERNANDEZ.
DON FERNANDO.	DON JUAN CASAÑER.
EUGENIO.............	DON EMILIO MARIO.
LUIS...................	DON RICARDO MORALES.
DON PEDRO..........	DON FRANCISCO OLTRA.
DON JUAN...........	DON JOSÉ ALISEDO.
DON JOAQUIN........	DON RICARDO ZAMACOIS.
UN CRIADO..........	DON RAMON ALVAREZ TUBAU.

Madrid: 186...

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por D. Diego Luque. La decoracion del segundo acto fué pintada por D. Antonio Bravo, y el moviliario construido bajo la direccion de los Sres. Piñuela y Garcia.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de la casa de D. Fernando suntuosamente decorado. Extraordinario lujo en el mueblaje. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, CONSUELO, EMILIA y D. PEDRO.

Al levantarse el telon, salen por el foro, vestidas de calle, Sofia, Consuelo y Emilia, seguidas de un lacayo que trae varios envoltorios que coloca en un velador. D. Pedro sale á poco por la puerta de la derecha con unas letras de cambio en la mano.

EMILIA. No, no, mamá; lo que es yo
no vuelvo á compras con esta.
Todo le parece caro,
todo muy rico lo encuentra...
¡Habrán formado un concepto
de nosotras en las tiendas!

CONS. Y qué te importa?

EMILIA. No, nada.
¿Te es á tí igual que te tengan
por persona de alta clase,
ó así... por una cualquiera?

CONS. Hija, á mí...

PEDRO. Buenos y santos.
CONS. Oh! don Pedro... (Muy cariñosa.)
PEDRO. ¿Ustedes buenas?
SOFIA. Bien. Gracias. (Con frialdad.)
CONS. (Con interés.) ¿Y usted?
PEDRO. Tan firme.
—Ahí han traido estas letras
que ha de aceptar don Fernando...
Conque voy con su licencia...
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
EMILIA. ¡Siempre negocios! (A media voz.)
SOFIA. Entonces
excuse usted la molestia.
Fernando aun no ha vuelto.
PEDRO. (Entre dientes.) ¡Hola!...
¿Si saldremos con que es cierta
esa baja de los fondos?
(Con cierto sobresalto.)
CONS. (Rápidamente.) ¡Bajar! Ay, Dios no lo quiera.
—Pero cá! ¿El consolidado
no se hizo ayer á cuarenta?
PEDRO. Sí... (Con extrañeza y asombro.)
EMILIA. ¿Tú sabes?...
CONS. Pues es claro.
SOFIA. No vuelvo de mi sorpresa.
¿Quién te habla á tí de esas cosas?
CONS. Toma! *La Correspondencia.*
PEDRO. Pero señorita... usted...
tan jóven ya se interesa...
(¡Qué tiempos!)
CONS. ¿Por mi papá?
Mas que por nada en la tierra.
—¿Te has enojado por eso? (Á su madre.)
SOFIA. No, mas me causa extrañeza...
CONS. ¿Que esté yo tan al corriente
de los precios de la deuda?
Pues no hay nada mas sencillo.
Mira, desde que de vuelta
estoy en casa, he notado
que unos dias papá entra
á estas horas muy alegre
y otros con una tristeza,

que aunque bien disimulada
alguna vez se revela.
Por ciertas conversaciones,
por unas palabras sueltas
que un dia le oí, supuse
que esa Bolsa donde juegan,
era la causa contínua
de su alegria ó su pena...
Y me dije: pues señor,
si yo de fijo supiera
cuándo gana ó cuándo pierde,
por mas que él engañar sepa,
sabria cuando está triste;
y entonces, ó soy muy necia,
ó con besos y con mimos
ya veremos si se alegra.
Me hice explicar esos números
y esas maldecidas letras,
y ya sé por los periódicos
si el papel baja ó se eleva;
—lo cual, mamá, te aseguro
que buen trabajo me cuesta.
—¡Qué bien íbamos ahora!—
Desde hace semana y media
papá jugaba á la alza,
y parece que á la deuda
se lo pagaban; subia,
subia de una manera,
mamá, que era una delicia
leer *La Correspondencia*!
—Ahora, si crees que es malo
que de estas cosas entienda,
no leeré mas periódicos;
yo te prometo ser buena.

PEDRO. ¡Vamos! (Tranquilizándose.)
SOFIA. (Sonriéndose.) Siendo de ese modo...
EMILIA. Calla, mamá. Si le apruebas
esas manias, jamás
la harás entrar en carrera.
¡Vea usted! Papá se entristece
porque esa maldita deuda
baje ó suba ó qué sé yo.

¡Pues mejor, que se entristezca!
¿No somos bastante ricos?
¿Por qué no compra dehesas
y grandes bosques y cotos
y vive así de sus rentas
como viven las personas
decentes?—Cuando me cuenta
nuestra prima la de Artal,
que al fin solo es vizcondesa,
que ha estado en sus posesiones,
que sus colonos al verla
daban vivas disparando
al aire las escopetas
y cosas así, la sangre
me hierve y se me subleva.
Porque ello hay que convencerse
por mas que nos dé vergüenza.
Vender títulos y acciones
ó vender paños y telas,
todo es vender, todo es uno.
¿Qué es un banquero? Un hortera
(Movimiento de D Pedro.)
distinguido é ilustrado
que no tiene tienda abierta.

PEDRO. (¡Oh!... como mi hija!) (Con dolor.)

SOFIA. Cierto;
y usted que tiene influencia
con él, señor de Gonzalez,
es fuerza que le convenza.
El porvenir de sus hijos,
su posicion, su riqueza,
deben hacer que sus miras
dirija á mas alta esfera.

EMILIA. Claro; al casarse contigo,
se enlazó con la grandeza,
y nuestra familia!... Si
fuese ministro siquiera...

CONS. Pero, hija...

PEDRO. Pero, señora ..
(Estan locas! Si supieran!...)

SOFIA. Nada, cuento con su ayuda.

PEDRO. Señora, llevo cuarenta

años y tal vez un pico
en el comercio, y bajeza
no he encontrado todavia
en que se compre ó se venda.
En ese tiempo he tenido
eso que tanto desprecia
la señorita, y que cree
tan degradante, una tienda.
He sido el rey de la Bolsa,
—¡ojalá nunca lo fuera!—
y por último he parado
en ser quien los libros lleva
de su marido de usted.
Pero en toda mi existencia, (Conmovido.)
tan larga y tan azarosa,
no hay quien señalarme pueda
una mancha. Conque así,
si usted busca mi influencia
para hacer ver á su esposo
que si trafica y comercia
se rebaja, le prevengo
que no cuente usted con ella.

CONS. Vamos, don Pedro, su ánimo
no ha sido hacerle una ofensa.
¿No es verdad? (Á Emilia.)

EMILIA. ¿Yo?... ni pensaba
(Con frialdad y sin mirarlo.)
que estaba usté aquí siquiera
cuando eso dije...
(Movimiento de D. Pedro, al verse ultrajado de nuevo.)

SOFIA. Pues yo... (Friamente.)

CONS. ¿Lo vé usted?

PEDRO. Bien, bien. (¡Prudencia!)
Ah, señora... ahí ha traido
el diamantista una cuenta.
Mas como yo no tenia
órden de satisfacerla
le he dicho que usted no estaba.

EMILIA. ¡Pues no tiene poca priesa!

PEDRO. Necesitará...

SOFIA. Bien, bien;

no hablemos de eso: que vuelva.
PEDRO. Si usted quiere que lo diga
á don Fernando...
SOFIA. No: esas
son cosas mias.
PEDRO. Bien. (¡Malo!)

ESCENA II.

DICHOS, D. FERNANDO.

FERN. ¿Qué es esto? ¡Ya estais de vuelta!
CONS. ¡Papá!... (Yendo á su encuentro.)
FERN. ¡Hola, chiquitina!
SOFIA. Adios.
FERN. ¿Qué tal tu jaqueca? (Á Sofia.)
SOFIA. Pasó.
FERN. ¡Vamos! ¿Y tú? (Á Emilia.)
EMILIA. Bien.
FERN. Aunque es pregunta indiscreta,
¿cuántas conquistas has hecho
esta mañana en las tiendas?
EMILIA. ¡Yo!
FERN. ¿Ninguna? Estás en baja?
Dilo á tu padre. (Con gravedad cómica.)
SOFIA. Hombre, déjala.
CONS. (Baja? No, no, viene alegre.)
(Por su padre, á quien observa desde que entró algo apartada de los demás.)
PEDRO. Estas letras...
FERN. ¿Eh? Qué letras?
(Vendiéndose por un momento.)
PEDRO. Estas que hay que aceptar.
(Sofia y Emilia hablan aparte.)
FERN. ¿Sí?
Á ver. (Consuelo sigue observando á su padre.)
CONS. (Arquea las cejas.
¡Baja tenemos!) (Con cómica desesperacion.)
SOFIA. ¿Qué es eso?
(Á un movimiento de Fernando.)
FERN. Nada, nada, impertinencias.
Pequeñeces.—Son corrientes,

don Pedro.—Nada, futesas.
Pero veamos esas compras.
¡Hombre, qué bonita tela!
¡Y esta! Me habreis arruinado.
Claro, como si lo viera.
(Riendo forzadamente.)
¿Qué te cuesta este vestido?

SOFIA. ¡Este? No sé... ¿Tú recuerdas? (Á Emilia)
CONS. Cien... (Rápidamente.)
SOFIA. Ah! sí, sí, sí. Cien duros.
CONS. No, mamá; ciento noventa.
EMILIA. (¡Calla!) (Á Consuelo bruscamente.)
SOFIA. ¿Qué entiendes tú de eso?
CONS. Yo...
(Fernando ha vuelto á coger las letras y las va observando durante estas palabras.)
PEDRO. (¡Malo!)
FERN. ¡Ah! Cuando vuelvan (Á D. Pedro.)
ya las habré despachado.
Suba usted luego por ellas.
PEDRO. Bien —Señoras, á los pies...
CONS. Adios.
(Afectuosamente. Las otras bajan la cabeza.)
EMILIA. ¡Mi hermana es tan necia!
PEDRO. (¡Sacan los pies de la sábana!...
Dios de su mano las tenga.)
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS, menos D. PEDRO.

FERN. Ea! ¿y no me contais nada?
Estais hoy tan macilentas...
Ya acabé con los negocios.
Hablemos de cosas sérias.
¿Á quién habeis visto?
CONS. (Con pena.) Á nadie.
FERN. Apuesto á que han visto á esa
mas de cien pollos. (Por Emilia.)
EMILIA. ¡Papá!
FERN. Todos tras de tí... en hilera...

SOFIA. ¡Hombre!
EMILIA. Á quien sí hemos hablado
es á Julia.
FERN. ¿Á la condesa
futura?
EMILIA. Se casa el lunes.
SOFIA. Y hace una boda soberbia.
EMILIA. Qué vistas, papá ¡qué vistas!
FERN. ¡Hombre!
EMILIA. Y lleva carretela
y victoria á la Dumont,
y berlina y cuatro yeguas,
y brillantes y una quinta...
CONS. ¡Pero qué marido lleva!
EMILIA. Hija, hay que pasar por algo.
CONS. Viejo, enfermo, calavera...
EMILIA. No todo ha de ser completo.
Para ser dichosa es fuerza
hacer algun sacrificio.
No eres tú exigente apenas,
niña. ¡Querrias que el novio
tambien á su gusto fuera?
CONS. ¿Yo?...
FERN. ¿Vaya, y qué habeis comprado?
SOFIA. Nada, cuatro frioleras.
Es decir, Emilia y yo
compramos, que lo que es esta
ha estado lo mas ridícula...
Saca ahora la gracia nueva
de encontrarlo todo caro;
ningun precio la contenta.
CONS. Pero mamá...
SOFIA. Quita, quita.
Me has avergonzado
FERN. Eh! déjala.
EMILIA. No, no, papá: que le riña.
Sus miras son tan pequeñas...
FERN. ¿Sí?...
EMILIA. Regatea de un modo...
FERN. ¿Cómo? (Riendo.)
CONS. Sí. Mi tia Petra
dice siempre que no es

mujer quien no regatea.
SOFIA. ¡Tu tia! siempre tu tia.
¿Ves?
FERN. ¡Bah!
SOFIA. La cosa es mas seria
de lo que tú te figuras.
Ha traido unas ideas
tan extrañas de provincia...
Y ya que la ocasion llega,
será preciso que hablemos
muy sériamente de ella.
CONS. Pero, mamá, si...
SOFIA. Dejadnos.
CONS. Yo procuraré la enmienda.
FERN. ¡Mujer, no ves?...
SOFIA. Nada, nada.
EMILIA. (Dilo todo.) (Á la madre rápidamente.)
CONS. (¡Y secretean!
¡Á que va hablarle de Luis
habiendo baja! Esta es buena!)
(Vánse por la puerta izquierda, llevándose los envoltorios.)

ESCENA IV.

FERNANDO, SOFIA.

SOFIA. Pues, Fernando, ello es preciso:
aquí hay que poner remedio.
FERN. Mujer, le riñes de un modo...
SOFIA. Es por su bien.
FERN. Sí, sí; pero...
Esa niña no anda buena,
y cualquier cosita luego...
Habrá estado inconveniente;
sí señor, te lo concedo.
Si no es mas que una chiquilla.
Te dará que hacer... Lo creo.
Pero ahora es fuerza mimarla,
despues... Demos tiempo al tiempo.
SOFIA. Si tú supieras...
FERN. Veamos.

(En tono de broma.)
Lanza ese horrible secreto.

SOFIA. No lo tomes tan á broma,
que es un asunto muy serio.

FERN. ¿Cómo? (Siempre cómicamente.)

SOFIA. ¿Recuerdas cuál era
el carácter de Consuelo
cuando marchó á Andalucia,
por mandato de los médicos?

FERN. El de todas las muchachas
de su edad.
(Ha fijado la vista en las letras y las toma de nuevo.)
Diez mil doscientos... (Para sí.)

SOFIA. Qué dices?

FERN. Nada. Veia... (Señalando las letras.)

SOFIA. ¡Hombre!...

FERN. Bien, bien: ya lo dejo.
—¿Conque era entonces?...

SOFIA. Alegre,
aficionada á paseos,
á reuniones, deliraba
por los bailes y conciertos;
coqueteaba un poquito...
Vamos, en fin, todo aquello
que es regular.

FERN. Ya se vé.
(Distraido en otra idea fija.)

SOFIA. Pues, hijo, desde que ha vuelto
yo no la conozco. En ella
ha habido un cambio completo.

FERN. ¿Sí?... Un millon... (Muy preocupado.)

SOFIA. ¡Pero, Fernando!

FERN. Sigue, sigue; si es que atiendo.—
Un cambio: bah! eso es la edad.

SOFIA. Dímelo á mí que la observo
tan de cerca. Mira, ahora
si á cualquier parte la llevo
está violenta; huye el trato,
goza en el retraimiento.
Ella, que tanto gustaba
de vestirse con esmero,
que era la elegancia misma,

hoy pone todo su empeño
en vestir humildemente
como si perteneciéramos
á otra clase. Ya tan solo
le agrada el teatro, y eso
si hay algo sentimental.
Si le cuentan algo tierno,
llora como una chiquilla...

FERN. ¿Y tú qué infieres?

SOFIA. Infiero
que está enamorada.

FERN. ¡Ella! (Riendo.)
Las mujeres estais viendo
el amor en todas partes.

SOFIA. Mucho: y porque está le vemos.

FERN. Mas ven acá: si te estás
tu misma contradiciendo.
¿Cuándo has visto que una chica
que ama á un hombre, forme empeño
en vestir de cualquier modo?

SOFIA. ¿Yo?... Siempre que el hombre es menos
que ella, como ahora sucede.

FERN. ¡Qué?

SOFIA. Pues á no ser por esto
¿habia yo de contarte
los pueriles devaneos
de tus hijas?

FERN. ¡De mis hijas!

SOFIA. He dicho mal, de Consuelo.

FERN. ¡Ya! Conque Emilita...

SOFIA. ¡Oh! de esa
puedes estar satisfecho.
Sabe estar siempre á la altura
de su posicion; y menos
que un título con grandeza
no habrá de darte por yerno.
Esa no se ha separado
nunca de mí. Y mira, creo
que está mas que yo enfadada
al ver el indigno objeto
en que esa chiquilla loca
los necios ojos ha puesto.

FERN. ¿Pues quién es?
SOFIA. Luis.
FERN. ¡Villaurrutia?
Pues ahora caigo... Es muy cierto.
Un chico que apenas tiene
mas recursos que su empleo.
¡Vaya un partido! ¡Mañana
viene abajo el ministerio
y me lo dejan cesante!
y... bah, bah, bah! Eso es un sueño.
SOFIA. Y aunque no caiga. Ya ves,
secretario de un gobierno
á secas... ni es diputado
como cualquiera.
FERN. ¡Esto es bueno!
En fin, nada: niñerias.
SOFIA. No, no, que estan muy en ello.
FERN. ¡Calla, mujer, qué han de estar!
SOFIA. Si esto cuenta mucho tiempo.
Desde que ella estuvo en Huelva.
Tu hermana haria este arreglo.
Él estaba allí empleado...
FERN. ¡Pues digo á usted que es soberbio
el partido, y que tendrian
mis afanes un gran premio!
¡Yo que tan solo trabajo
por verlas felices! Creo
que mejor será reirnos.
Apenas hay de por medio
distancia en las posiciones.
¡Qué chicos!... Pierden el seso.
¡Jugar así con la dicha!
Ya se vé, el amor es ciego.
¡Veinte ó treinta mil reales! (Riendo.)
Buen coche echarán con esto.
SOFIA. No volviendo él mas á casa...
FERN. ¡No por Dios! nada de extremos;
que se vean, que se hablen,
que se digan mil requiebros.
No demos tinte romántico
al asunto ó nos perdemos.
CRIADO. El señor de Villaurrutia... (En el foro.)

FERN. ¡Bravo!—Que pase al momento.
Si ha creido hacer carrera
con el dote de Consuelo,
yo le diré...

SOFIA. ¿Debo irme?

FERN. Sí, sí; mas vale que estemos
los dos solos.

SOFIA. No te exaltes.

FERN. ¡Qué disparate!

SOFIA. Hasta luego.
(Váse por la puerta izquierda.)

FERN. (Dejando el fingimiento.)
¡Solo me faltaban hoy
estos cuidados domésticos!

ESCENA V.

FERNANDO, LUIS.

FERN. Estas letras .. En fin.
(Tomando una resolucion.)
¡Hola!
(Muy jovial al verlo.)

LUIS. ¿Don Fernando?...

FERN. ¡Tanto bueno!...

LUIS. Dejé anoche algo indispuesta
á la señora y...

FERN. (Pretexto.)
Pues al cabo no fué nada.
Un ataquillo ligero...
Desde el año treinta y tres
en que inventaron los nervios,
le juro á usté, amigo mio,
que irresistibles se han puesto
las señoras.

LUIS. Usted siempre
tan jovial y tan chancero.

FERN. ¡Siempre!—Pero hombre, por Dios,
¿anda usted con cumplimientos?
Deje ese sombrero y...

LUIS. No.
Tengo que hacer, y sabiendo

de la salud de Sofía,
sin mas cumplidos le dejo,
si usted no manda otra cosa.

FERN. Hombre, sí. Hace ya algun tiempo
que estoy pensando en decirle
que deseo que charlemos
un rato.

LUIS. Oh... pues entonces...

FERN. Deme usted ese sombrero.—
Son impertinencias mias
para las que desde luego
reclamo su tolerancia.
Va usted á encontrarme hecho
todo un padre de sainete.
No me tome usted por ello
ojeriza, que tal vez
usted mismo, andando el tiempo,
se halle en idéntico caso.
Todos paramos en esto.

LUIS. Creo deber advertirle
para evitarle rodeos,
que sé de lo que se trata
y que en el alma celebro
esta ocasion de explicarme.

FERN. ¡Me quita usted de aquí un peso!...
Para aquel que como yo
aun no ha aprendido á ser viejo,
esto es tan embarazoso,
que solo en un gran aprieto...
Vaya usté á decirle á un hombre
digno de todo su aprecio:
«amigo mio, el amor
suele ser mal consejero,
usted me honra mucho; mas
yo como padre no debo...»
Y entre usté en las diferencias
que ese maldito dinero
establece entre las gentes,
y el deber de un padre tierno...
y vuelta con la riqueza
y dale con lo diverso
de las posiciones... Vamos,

se me resiste, no puedo.
Si me viera en ese caso,
por mas que crea que es puesto
en razon cuanto le he dicho,
no lo digo: antes me muero.

LUIS. Comprendo cuanto usted dice,
pero al par tambien comprendo
que está usted equivocado.
Negar que quiero á Consuelo
fuera negar que es de dia.
Sí, don Fernando, la quiero.
Que ella paga mi cariño
es cosa que vé el mas ciego,
y aun cuando peque de fátuo,
diré que tambien lo veo.
Pero de esto á que yo piense
desde mi estado modesto
unirme un dia á la hija
del opulento banquero,
hay un abismo que nunca
—esté usted seguro de ello—
nunca saltará mi orgullo,
—mi dignidad.—No soy de esos
que ansiando dejar la esfera
en que el mundo los ha puesto,
saben ser toda la vida
personajes de reflejo.
Sé que ella no es para mí.

FERN. ¿En tal caso, caballero,
podré saber con qué idea?...

LUIS. (Despues de hacer un movimiento como para que espere.)
Hace dos años y medio,
cuando el cólera furioso
iba dejando desiertos
los pueblos de Andalucia,
llevando á todos los pechos
el terror, era yo en Huelva
secretario del gobierno.
Siempre que iba á alguna casa
á socorrer un enfermo,
hallaba á su cabecera,

llena de amor, asistiéndolo,
una señora ya anciana
de noble y tranquilo aspecto.
En donde quiera que habia
dolencia, miseria ó duelo,
estaba yo bien seguro
de encontrarla. El comun riesgo,
la unidad de miras, todo,
dando causa al mútuo aprecio,
hizo que nos profesáramos
un santo y extraño afecto.
Me queria como á un hijo,
y yo, que madre no tengo,
la quise como á una madre.

FERN. Era mi hermana.

LUIS. En efecto.
—Cesó al cabo la epidemia,
y por órden de los médicos
vino á casa de su tia,
débil y enferma, Consuelo.
Mi nombre, antes tan oscuro,
(Sin jactancia, como quien consigna un hecho á su pesar.)
como estaban los recuerdos
de mis servicios tan cerca,
no se oia en aquel pueblo
sin ir siempre acompañado
de bendiciones. Y esto
por una parte, y por otra
los entusiastas extremos
de su tia, ante los ojos
de aquella niña me hicieron
aparecer como un héroe
digno del amor mas tierno.
Su hermana de usted vivia
de la pobreza tan lejos
como del fausto, y cegado
acaso por mi deseo,
viéndola en la medianía,
sus gustos sencillos viendo,
creí á Consuelo mi igual.
Yo contaba con mi sueldo

y con alguna fortuna,
y —lo juro á usted—creyendo
que era mas rico que ella,
sin poner ningun empeño
en averiguar su estado,
me entregué tranquilo y ciego
al encanto irresistible
de un ardiente amor primero.

FERN. Siga usted.

LUIS. Pasaron meses:
ella volvió aquí; y en premio
de mi conducta y servicios
venir conseguí al gobierno
de Madrid. Palpé mi engaño,
y mirando que era un sueño
mi amor tan acariciado
traté de desvanecerlo.
Pero Consuelo está mala,
y cuando haciendo un esfuerzo
logro aparecer ante ella
indiferente, y me alejo
por unos dias, la hallo
mas enferma cuando vuelvo.

FERN. Oh!... (Sombrio.)

EUG. (Dentro.) Si soy como de casa;
¡qué anuncios ni qué embelecos!

ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIO. Sale por el foro.

FERN. ¡Oh! Marqués!...
(Luis coloca durante los primeros versos de esta escena un ramito de violetas en uno de los objetos que habrá sobre una mesa.)

EUG. Adios, Fernando.
—Largo de aquí majadero.—
(Al criado que le sigue.)
Queria anunciarme y...—Conque
aquí me tienes resuelto
á que ni Pepe, ni Julio
nos disputen hoy el premio.

Corre mi Mazepas ¿sabes?
¡Qué potro! Ya verán ellos.
¿Pero qué haces ahí parado?
Vamos, que se pasa el tiempo.

FERN. Estaba... (Señalando á Luis.)

EUG. No habia visto...
Beso á usted... ¡Luisillo!

LUIS. ¡Eugenio!

FERN. ¿Se conocian ustedes?
Pues la ocasion aprovecho
y por algunos minutos,
si me dispensan, los dejo.
Son percances del oficio (Tomando las letras.)
de rico.

LUIS. Usted es muy dueño...

EUG. Pero vuelve pronto.

FERN. Sí.
Hasta despues.—Hablaremos.—
(Á Luis estrechándole la mano.)
—Compadece á un millonario
(Á Eugenio cómicamente.)
que va á ganarse el sustento.

ESCENA VII.

LUIS, EUGENIO.

EUG. ¡Es mucho Fernando!

LUIS. Sí.
El carácter no se niega.

EUG. ¡Y tiene cada talega!
—¡Conque hombre, tú por aquí!

LUIS. Asombrado de oirte hablar.
¿Tú, este tren? No es ilusion?

EUG. Qué quieres, la posicion...
Es necesario alternar...
—¿Mas qué te extraña mi tren?
Cuando mi padre vivia
te consta que aun más tenia.

LUIS. En aquellos tiempos, bien.
Pero en estos...

EUG. Es igual.

LUIS. Pues no lo entiendo.

EUG. Igual, hijo.

LUIS. Como en el pueblo se dijo
que habiais quedado mal...
Erais tantos...

EUG. Eso sí;
pero habiendo mucho...—Y vamos
(Esquivando la conversacion.)
¿cómo te va? ¿Cómo estamos
de adelantos? Chico, aquí
gozo de algun valimiento,
y si quieres que te ascienda...
Juan es ministro de Hacienda,
Manolo ha entrado en Fomento...
Ante ayer oyendo *I due
Foscari* hicimos un trio...
Juan es muy amigo mio,
y apenas yo le insinue...

LUIS. Gracias. No es llegado el caso
ni hoy pretendo yo ascender.

EUG. ¡Muchacho!

LUIS. Yo quiero hacer
mi carrera paso á paso.

EUG. Eres de los mas benditos
que en mi vida conocí.
Si hoy todos marchan aquí
como la rana, á saltitos.

LUIS. Hay gente que así camina.
Mas yo tengo mi opinion...

EUG. Bien, métete en un rincon;
sumérgete en tu oficina,
no te des á luz jamás,
desdeña astucias y amaños,
deja que pasen los años
y ya verás, ya verás.

LUIS. ¡Hombre, por lo que me avisas (Sonriéndose.)
me esperan penas atroces!

EUG. Sí señor. Tú no conoces
el terreno que ahora pisas.
Si prevenir quieres males
que no quiero que deplores,
sé igual á tus superiores,

superior á tus iguales.
Lánzate al mundo, á bullir,
á darte tono, á brillar.
Pues señor, que hay que gastar!
pues se gasta, y á vivir.
Asustas. Tras de tí van
los que necio ayer seguias,
y si hoy diez mil pretendias
mañana cien mil te dan.
Aquí tienes todo el quid
de muchos hombres que ves.
Esto nuestro mundo es;
esto, Luisillo, es Madrid.
Tira, gasta, y...

LUIS. Tú dispones...
Mas quien no tiene bastante...

EUG. ¡Chico, la deuda flotante
da la vida á las naciones!

LUIS. Calla, hombre.

EUG. ¡Qué he de callar!
Nuestros abuelos vivian
segun y como podian.
El que tenia un pasar,
cifraba toda su gloria
en ver si ahorraba algun cobre.
Vivia un cuartito pobre
con sus sillas de Vitoria...
Para su esposa eran gringo
glasé, gró, moaré y encajes.
Si uno habia entre sus trajes
de seda, ¡era el del domingo!
En tal dia, las labores
hasta el lunes se dejaban
y al Retiro se marchaban
los dos como unos señores.
Si un principio se comia
era un exceso inaudito:
de noche su braserito,
su poco de loteria,
y ni mas placeres, ni
pensar que existian otros.
Ahora, dime tú, nosotros

podemos vivir así?

LUIS. Sí, los que no tienen mas...

EUG. No, si aunque quieran no pueden.
Los de tu clase se exceden,
¿te vas tú á quedar atrás?

LUIS. Ya lo creo, sí señor.
Quien no pueda no se iguale...

EUG. ¿Mas no ves que eso equivale
á ir á la clase inferior?
Vas á ser un perdulario
si no sales de tu esfera.
Lo que ayer superfluo era,
hoy, Luisillo, es necesario.
El que ayer cifró su gloria
en ver si ahorraba algun cobre
viviendo un cuartito pobre
con sus sillas de Vitoria,
hoy sin tener mas caudal
y acaso de mala gana
va en coche á la Castellana,
tiene palco en el Rëal.

LUIS. Mas no pudiendo...

EUG. Te aviso
que eso aquí á nadie da miedo.
Antes decian: «no puedo.»
ahora dicen: «es preciso.»
—¿Sabes qué te estaba bien?
(Como asaltado por una idea.)
Hacer de un golpe fortuna
casándote con alguna.. (Indica dinero.)
¡Chico, aquí hay cada belen!

LUIS. ¡Ligarse toda la vida
y tan solo por ser ricos!...

EUG. Es fuerte; pero los chicos
no tenemos mas salida.

LUIS. ¡Hombre, quita allá!

EUG. Sí, sí...
(Con refinada malicia.)
pon indignado el semblante.
¡Pues grandísimo tunante.
qué vienes tú á hacer aquí?

LUIS. ¡Yo!

EUG. ¡Me vas tú á mí!...
LUIS. Es que no...
EUG. Hombre, ¿á qué enfadarse? ¡Toca!
(Tomándole la mano.)
Si se te hace agua la boca
solo de pensarlo!
LUIS. ¿Yo!...
EUG. Gran dote, buena familia
y una chica... ¡Amigo! amigo!
LUIS. Es que...
EUG. ¡Hombre, farsas conmigo?
(Confidencialmente.)
Si yo lo sé por Emilia.
LUIS. (Comprendiendo de un golpe.)
¡Ah! con que tú!...
EUG. (Viendo llegar á Fernando.) ¡Chito!

ESCENA VIII.

LUIS, EUGENIO, FERNANDO, D. PEDRO, por la puerta de la derecha.

FERN. (Dirigiéndose á Eugenio.) Pues
con tanto hacerme esperar
no te puedo acompañar.
Un asunto de interés...
—Respecto al nuestro, veremos
si hay de zanjarlo manera
usté y yo. (Á Luis.)
LUIS. Cuando usted quiera.
EUG. Conque resuelve. ¿Qué hacemos?
FERN. Irte.
EUG. Hombre, lo siento.
FERN. Y yo.
PEDRO. (No se van!...) (Muy impaciente.)
EUG. Pues te dejamos.
LUIS. Don Fernando?... (Saludando.)
FERN. Adios, Luis.
EUG. ¡Vamos!
(Luis saluda á D. Pedro.)
Pues que te quedas, cayó
que hacer.

(Maliciosamente, poniéndole una mano sobre el hombro.)

FERN. ¡Pist! Algunos *contos*
de *reis*...

EUG. ¡Los que te aventajen!...
Adios. (Á Fernando y sin saludar á D. Pedro.)

FERN. Adios.

EUG. (¡Que trabajen
y se descrismen los tontos!) (Al irse.)

ESCENA IX.

FERNANDO, D. PEDRO, un CRIADO.

PEDRO. Conque á ver. Yo en mí no estoy.

FERN. Si usted se apura tan presto...

PEDRO. Es que está encima un protesto.

FERN. Bien, hombre, bien. ¿Conque hoy
sus fondos á retirar
han venido los dos?

PEDRO. Sí.

FERN. Y si lo hicieran así
¿no queda con qué pagar
esas letras?

PEDRO. No, señor.
Y á mas las que hoy ha aceptado...

FERN. Esas no me dan cuidado,
hay tiempo. Nada, ¡valor!
De esos fondos pague usté,
y mañana ó cuando vengan,
yo haré que pronto los tengan.
Salga yo de hoy, y veré...

PEDRO. Pero es que van á llegar,
que en volver quedaron hoy.

FERN. ¿Sí? Que para nadie estoy.
(Á un Criado, que se presenta al tirar del llamador.)

CRIADO. Es que venia á anunciar
dos señores que hace rato...

PEDRO. ¿Don Joaquin y don Juan Naba?

CRIADO. Sí.

FERN. ¿Y has dicho que yo estaba?

CRIADO. Sí.
FERN. Cuando ahora no te mato...
¡Sal pronto, ó de un pescozon!...
PEDRO. ¡Que estan en la puerta! calma!
(Muy por lo bajo.)
FERN. ¡Oh! Don Joaquin de mi alma!
¡Don Juan de mi corazon!
¿Aquí ustedes? Mas mercedes
para el pobre comerciante.
—¡Y ese pillo, ese tunante
les hace esperar á ustedes!
Yo le diré al muy cazurro
quién soy, si no lo sabia.
—¡Pero de pié todavia?
PEDRO. (Á D. Fernando que pasa junto á él, al ir á acercarles sillas.)
(¡Yo me ahogo!)
FERN. (Pasando.) (¡Yo discurro!)
¿Y qué tal ese valor?
Rebosando salud. ¿Eh?
¡Pues y usté, don Juan, y usté?
—Don Pedro, haga usté el favor
de hacer esos pagos, ¿sí?
Yo ahora no puedo bajar...
PEDRO. (Pero...)
FERN. (¡Qué diablos! Pagar,
pagar, que yo quedo aquí.)
(Váse D. Pedro.)

ESCENA X.

FERNANDO, D. JUAN y D. JOAQUIN.

FERN. Conque ea, vamos á ver.
¿Á qué debo el alto honor?...
JOAQ. Nosotros... (Resueltamente.)
FERN. Que hable el señor.
Usted va á echarlo á perder.
—Vamos, diga usted.
JUAN. Venimos
porque entre manos traemos
cierto negocio; y queremos

ver cómo nos prevenimos.
Nuestros fondos...

FERN. ¡Cree usté
que al verlos no he conocido
lo que aquí les ha traido?

JUAN. Hombre, ese negocio que...

FERN. ¡Negocio usted! ¡Patarata!
Lo que usted se ha figurado
es que estoy arruinado.
¿No es esto? Hablemos en plata.
Ustedes saben que yo
he hecho dos operaciones,
que me han llevado millones,
y han dicho: «por sí ó por no
mientras el chubasco pasa
y si sale á flote vemos,
esos fondos retiremos
que pusimos en su casa!»
—Pues bien: afuera careta;
y no mas contemplaciones:
ustedes tienen millones,
yo no tengo una peseta.
—Pero, ¡me va usted á asfixiar?
(Á D. Joaquin.)
¡Qué demonio de hediondez!
(Tirándole el cigarro.)
Fume usted alguna vez
un cigarro regular.
(Dándole la petaca á D. Joaquin; este saca un puro y da la petaca á D. Juan, que toma otro.)

JOAQ. Gracias.

JUAN. ¡Tiene usted un alma!...
¿Puede usté hablar de ese modo
cuando lo ha perdido todo?

FERN. ¿Pues para cuando es la calma?
Sin duda al llegar aquí
creyó usté hallarme aterrado.
No señor! Si ya he pasado
por muchos lances así.

JUAN. ¿Usted?

FERN. Sí señor, yo mismo.
¡Y en cuántos me veré aun!

JOAQ. Pero hombre, habla usted con un...
JUAN. Con un...
FERN. Sí, ¡con un cinismo?
Es el nombre verdadero
y no me enfado. ¿Por qué?
(Movimiento de los otros.)
Si lo veo; usté y usté
en ese resbaladero
me ponen; y francamente
acepto mi posicion.
Conque hablemos en razon,
que así se entiende la gente.
—Usted hizo un gran caudal (Á D. Joaquin.)
á costa de mil sudores,
prestando á los vendedores
á dos cuartos por real.
(Quiere hablar y lo contiene.)
—Usted ganó un fortunon (Á D. Juan.)
entre mil trabajos fieros,
vendiendo... eso... compañeros
(Esquivando decir la palabra y con repugnancia.)
del bendito San Anton.
Mas puesta la pica en Flandes,
es decir, siendo ya ricos,
se hallaron ustedes chicos
para los negocios grandes.
Y con tanta boca abierta
al ver mis operaciones,
llegaron con sus millones
humildemente á mi puerta.
Yo sus millones tomé
sin deseo y sin enfado,
y en diez años que ha durado
nuestra union, los tripliqué.
¿Hubieran ustedes hecho
otro tanto? No señor.
Hoy al hombre emprendedor
no le basta tener pecho
ni esa constancia, que alabo,
aunque estoy de ella en ayunas,
hoy no se hacen ya fortunas
duro á duro, ochavo á ochavo.

Para hacer con fundamento
operaciones honrosas,
se requieren hoy dos cosas.
Talento...

LOS DOS. Y...
(Indicando dinero, con cierta satisfaccion.)

FERN. No, no. ¡Y talento!
Si ustedes son pobretones
que no tienen nada aquí, (En la frente.)
¿qué me ha de importar á mí
que se lleven sus millones?
Tómenlos sin dilacion
si mi estado les arredra.
¡Debajo de cada piedra
sé yo encontrar un millon!

JUAN. ¿Conque usted puede aprontar?...

FERN. Pues es claro.

JUAN. (Á D. Joaquin.) (¡Oye usted esto?)

JOAQ. ¡Conque tiene?...

FERN. Por supuesto.
¿Piensan que me iban á ahogar
porque vinieran con prisa
y sus fondos me pidieran?
Si lástima no me dieran
me dieran ustedes risa.

JOAQ. Hombre, si un arreglo cabe... (Solícito.)

JUAN. Eso; con tal que se pueda... (Id.)

FERN. Si á mí el crédito me queda.
—¿Usted qué es crédito sabe? (De pronto.)

JUAN. El nombre... la firma... el...

FERN. Basta:
atrasa usté un siglo entero.
Crédito es, el dinero
que uno no tiene y que gasta.

JUAN. Aprenda de mí á guardar,
que no somos ya unos chicos.

FERN. Amigo... ustedes los ricos
pueden economizar:
pero el que no tiene... ¿Si
yo un instante me abandono
y dejo de darme tono,
quién se acordará de mí?

¿Pues qué me ha dado á mí nombre?
¿Pues qué ha hecho, en una palabra,
que usted su caja me abra?
Usted es un pobre hombre,
señor don Juan!
(Dándole una palmada en el hombro.)

JUAN. Hombre, bien.
Mas si usted echa sus cuentas...

FERN. Si yo no tengo mas rentas
que las que me dá mi tren.
—¡Ah! ¿Qué?
(Al ver salir á D. Pedro, y yéndose hácia él apresuradamente.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. PEDRO, por la puerta de la derecha.

PEDRO. (Acabé de pagar.

FERN. ¿Qué nos queda en caja?

PEDRO. Nada.)

FERN. Bien.—Es sesion terminada.
Conque á la caja, á cobrar.

PEDRO. (¡Jesus!)

JUAN. ¡Pero, hombre, por Dios!...

FERN. Nada, el tiempo de los tontos
pasó.

JOAQ. Tiene usté unos prontos...

FERN. Échense á buscar los dos
otro Fernando, otra mina
que haga tres de uno que entra.
Si eso... ¡bah! Si eso se encuentra
al volver de cada esquina.
—Don Pedro, ya está usté al cabo:
á pagarles al instante,
y no admita en adelante
de esta gente ni un ochavo.

JUAN. Pero atienda usté á razones...

JOAQ. No sea usted iracundo.

FERN. Nada, nada, si en el mundo
lo que hay de sobra es millones.
¡Vaya! ¡Tendria que ver!...

Hombre, si á los ojos salta
que lo que está haciendo falta
es gente que sepa hacer
negocios! Ya vé usté ¡á mí!...
Si ustedes me necesitan
y yo á ustedes no: ¿á qué gritan?
si á puntapiés por ahí
encuentro yo mas dinero
que usté ha soñado tener,
y no más que con querer
y encasquetarme el sombrero.
Se han quitado el antifaz
y de mí no sacan raja.
Conque, ea, vaya, á la caja.
¡Déjenme ustedes en paz!

PEDRO. (¡Por Dios! (Aterrado.)

FERN. Calle usted) (Rápidamente.)

JUAN. Mas...

JOAQ. Pero...

FERN. Ustedes de mí han dudado
y...

JUAN. ¡Pero estando apurado
le han de dejar sin dinero
sus amigos!

JOAQ. No señor.

JUAN. Mientras el apuro pasa...

FERN. ¡Qué apuro, hombre? Si mi casa
nunca ha marchado mejor.

JOAQ. ¡Eh?

JUAN. ¡Cómo?

FERN. Aquí he de tener...
(Saca del bolsillo un pliego.)
Eche usted una ojeada. (Dándole el pliego.)

JOAQ. Qué es ello? (Con ansiedad.)

FERN. Miserias, nada.
Unos millones.

JOAQ. ¡Á ver!
(Procura leer por encima del hombro de D. Juan.)

PEDRO. (¡Por Dios, señor don Fernando!

FERN. ¡Calle usted, hombre, ahora vienen
á ofrecerme cuanto tienen!)
—¡Qué tal? ¿Se van enterando?

JUAN. ¡Hombre, hombre! (Que está leyendo.)
FERN. Bien claro está.
El ayuntamiento aprueba
mi inmensa barriada nueva,
mi *Madrid tal cual será.*
Fábricas, doks, lavaderos,
palacios á centenares,
dos teatros populares,
casas para jornaleros;
todo lo que necesita
Madrid para transformarse,
ser capital, y elevarse
al puesto que solicita,
tal cual lo puede soñar
el mas ardiente deseo,
todo, como aquí lo veo,
va de la tierra á brotar!
Yo por fanegas compré
esos inmensos terrenos
que ya valen por lo menos
á dos pesetas el pie.
—Conque ¿qué tal? ¡Eh? ¿Me he hundido?
¿Se me puede hablar con fueros?
¡Me parece, caballeros,
que no soy ningun perdido!
JUAN. Si el ministerio lo aprueba
esto vale un Potosí;
mas...
FERN. ¿Ahora está usted ahí?
Pues está usted bien. ¡Y prueba
que de los negocios serios
ha encontrado usted la clave!
Como que uno ya no sabe
andar por los ministerios...
¡Pues! Entre gentes ladinas
verse metido de pronto...
Ya se vé. Y como uno es tonto
se pierde en las oficinas.
JUAN. (Compañero...
(Dándole con el codo á D. Joaquin.)
JOAQ. ¡Se nos vá!)
PEDRO. (Dudan.

FERN. Han olido ochavos.
Hoy venden hasta los clavos
por traer cuartos acá.)
—Conque, don Pedro, en seguida
que entregue usté á esos señores
sus fondos y sus valores,
se avista usted con Florida,
y si duda y no se atreve
á Otero, que lo ve claro,
y tome usted sin reparo
cuanto quieran dar al nueve.

JUAN. Eso es ofenderme. (Á Fernando.)

JOAQ. En mí
tiene usté una caja abierta. (Á D. Pedro.)

JUAN. Usted no llama á otra puerta
(Por lo bajo á D. Fernando.)
que á la mia.

JOAQ. (Á D. Juan, receloso de que haga el negocio.)
¿Vamos?

JUAN. Sí.

JOAQ. No quiero que otro le preste. (Á D. Pedro.)

JUAN. (Á D. Fernando.)
Le hemos faltado: soy franco.

PEDRO. (¡Se van!) (Con asombro.)

JUAN. Voy por trigo al Banco.

FERN. (¡Banco! banco! El banco es este!) (Su cabeza.)

JUAN. Conque. (Dando la mano á D. Fernando.)

FERN. Tendré que admitir.
(Como venciéndose á su pesar.)

JUAN. (Lo clavé.) (Dirigiéndose al foro.)

JOAQ. (Dando la mano á D. Pedro, que se encoge de hombros.)
(Ganancia fija.)

(Al ir á salir los dos por el foro aparece Sofia. La saludan muy cortados y desaparecen. Ella apenas los mira y solo les baja un poco la cabeza con cierta repugnancia.)

SOFIA. ¡Qué fachas! (Á Fernando. Rapidez.)

FERN. Miserias, hija. (Condolido.)
Gente que viene á pedir.

ESCENA XII.

FERNANDO, D. PEDRO, SOFIA.

SOFIA. ¡Ya! tú te dejas sacar!...
FERN. (¡Yo!) (Mirada de inteligencia á D. Pedro.)
SOFIA. Mira que hay mucho túno.
FERN. ¡Bah!—¿Y qué quieres?
SOFIA. Si importuno...
FERN. ¡Tú!
SOFIA. Te vengo á preguntar
si piensas ó no venir
al baile de la embajada.
¡Fiesta mas cacareada
y que dé mas que decir!...
FERN. ¿Da que hablar, eh?
(Como concibiendo una idea.)
SOFIA. Si hace un mes
no nos ocupa otra cosa.
FERN. ¡Será régia, fastuosa?...
SOFIA. Deslumbradora.
FERN. ¡Eso es!
—Pues mira. Dar tambien quiero
—y es preciso, indispensable,—
una fiesta de que hable
dos meses Madrid entero.
SOFIA. ¿Sí?—Niñas? (Llamándolas loca de alegria.)
PEDRO. (Loco de atar.)
(Á Fernando.)
(No sea usté, por Dios, así.
¡Juicio!
FERN. Han dudado de mí.
(Con dramática ansiedad.)
Necesito deslumbrar.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CONSUELO, EMILIA, por la primera puerta de la izquierda.

CONS. ¡Mamá?...
SOFIA. Dad á vuestro padre
las gracias.
EMILIA. ¿Pero por qué?
SOFIA. Ya verás. Ya te diré...
FERN. Nada, cosas de tu madre.
SOFIA. No, hija. Un baile á darnos va
que asombre á Madrid entero.
EMILIA. (Abrazando á Fernando.)
¡Un baile! Cómo te quiero!
CONS. (Muy pesarosa.)
(¡Baile! Luis lo sentirá!)
FERN. Sí, pero no he dicho aun,
con tanta palabra vana,
que quiero darlo mañana.
SOFIA. ¡Imposible!
FERN. Eso es segun.
No habiendo coto en gastar
el tiempo ninguno mide.
SOFIA. ¡Ah! siendo así...
EMILIA. (Á la madre con viva ansiedad.) (Pide, pide.
¡Así podremos pagar!)
FERN. Conque á ver si no os dormis.
EMILIA. ¡Y estoy sin traje!
FERN. ¡Esa es buena!
Hija, ¡pues y la docena
que te envié de Paris?
EMILIA. Ya todos los estrené.
SOFIA. Sí, todos los ha estrenado.
FERN. ¡Ah!... Entonces... ¿Qué te ha pasado?
CONS. ¡Á mí, papá? (Que hace rato está muy preocupada.)
FERN. Me pensé...
—¡Eh! Se os cumplió el pio, pio. (Á las otras.)
Gastad que yo no me arredro.
—¡Qué felices son, don Pedro!
PEDRO. (¡Qué equivocacion, Dios mio!)

CONS. (¡Violetas! ¡Ha estado aquí!)

(Loca de alegria, al ver el ramo que dejó Luis.)

FERN. ¡Oh! Quién tiene hijas mas bellas!

(Fuera de sí al verlas felices.)

SOFIA. ¡Fernando!

(Consuelo, siempre fijos los ojos en las flores, besa á su hermana radiante de gozo. Sofia muestra á Fernando el grupo que forman sus hijas.)

FERN. (¡Solo por ellas
pudiera fingir así!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso contigua á los salones de baile: dos puertas al foro y una á la derecha. Extraordinario lujo en el decorado y mueblaje. Por las puertas del foro se verán los salones brillantemente iluminados.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, EUGENIO; sentados.

SOFIA. Nada de eso; aunque me halaga
de un modo indecible oírselo,
es ya nuevo para mí
ni tampoco para el mismo
Fernando, que está impaciente
por darle el nombre de hijo.

EUG. ¡Qué buena es usted, Sofia!

SOFIA. Soy franca: en el caso mio,
otra, por un necio cálculo,
sorpresa hubiera fingido.
Yo le digo á usted que Emilia
no tiene para conmigo
secretos, que lo sé todo
y que me alegro muchísimo.

EUG. No merecia usté en cambio
(Con cómica gravedad.)

de un favor tan excesivo
que yo le hiciera ser suegra;
usted no habia nacido
para esto.

SOFIA. (Sonriéndose.) Con tal yerno,
á mi suerte me resigno.

EUG. Por Dios!...

SOFIA. Sí, marqués.

(Ligero movimiento de Eugenio.)

EUG. (Suplicante.) Eugenio.
Tráteme usted con cariño.

SOFIA. ¡Ve usted!—Ya empiezo á ser suegra.—
Ese desden por su título
hará que un dia riñamos.

EUG. ¿Usté y yo? ¡Cá!

SOFIA. Es usté un chico.
Á qué viene esa mania
de firmarse desde antiguo
Eugenio Sástago á secas?

EUG. Lo ilustre del apellido..

SOFIA. No, no sea usted hipócrita.
—Yo sé bien lo que me digo.—
Usted, en ciertas ideas
que hoy dominan imbuido,
quiere así pasar por hombre
despreocupado y del siglo.
Pero créame usté á mí;
los que desprecian los títulos
solo es porque no los tienen.
Dele usted uno á esos mismos,
que por lo que dicho dejo
son de ellos tan enemigos,
y verá que hace esculpir
su noble escudo novísimo
hasta en los mismos pesebres
de sus caballos.

EUG. (Mucha gravedad.) Lo he visto.

SOFIA. Pues entonces, si por mas
que por ahí se diga á gritos
que un título nada vale,
se aprecia hasta lo infinito,
¿por qué usté el suyo desdeña?

EUG. Yo no...
SOFIA. ¿Por qué no ha salido
en la Guia hace ya años?
(Nuevo movimiento de Eugenio.)
¿Es por no gastar un pico
de algunos miles de duros?
Eso será un sacrificio
para otros, mas para usted...
EUG. ¡Para mí!...
SOFIA. Pues, amiguito,
hay que hacerlo.
EUG. (Con resignacion evangélica.) Pues se hará.
SOFIA. Si usted halla eso ridículo,
yo no. Soy muy preocupada
y no me asusta el decirlo.
Mi difunto padre era
grande y duque; mi marido,
aunque digno de otro rango,
es simplemente hombre rico.
—No es que yo esté arrepentida
de una boda que se hizo
por mi gusto;—pero ya
que la madre ha descendido,
quiero que las hijas sean
lo que sus primas y primos,
y mi Emilia participa
de este deseo legítimo.

ESCENA II.

SOFIA, EUGENIO, LUIS, foro derecha.

LUIS. Señora... (Viene algo preocupado.)
SOFIA. Adios, Villaurrutia.
(Con marcada frialdad.)
EUG. ¡Hola! Tarde se ha venido. (Levantándose.)
LUIS. Quehaceres...
SOFIA. ¡Ya! Los que viven
(Como condolida, pero con marcada intencion.)
como usted de su destino...
Pero dispénsenme ustedes,
(Levantándose y muy jovial.)

que esto me recuerda el mio.
Como dueña de la casa
hago falta en otro sitio.
¿Hablará usted á Fernando?

EUG. En cuanto le pille á tiro.

SOFIA. Adios, señor Villaurrutia.
(Con tono impertinente.)

LUIS. Señora?...

SOFIA. Hasta luego, hijo.
(Muy cariñosa: váse por el foro izquierda. Eugenio la acompaña hasta el foro. Luis se queda estupefacto al oir la última palabra de Sofia.)

ESCENA III.

EUGENIO, LUIS.

LUIS. ¡Hijo?

EUG. Pródigo.
(Cuadrándosele y con desparpajo.)

LUIS. Has logrado?... (Atónito.)

EUG. Querer es poder.

LUIS. Me alegro. (Friamente)

EUG. ¡Qué proporcion, eh? Qué suegro
(Echándole el brazo por encima del hombro.)
para comerle un costado!

LUIS. ¡Quita!

EUG. ¡Ya' Te doy dentera
Pues chico, constancia y pecho.
La acogida que te han hecho
es poco casamentera; (Por Sofia.)
pero teniendo teson...

LUIS. Deja ya á un lado esas bromas.

EUG. ¡Bueno! Si es que así lo tomas...

LUIS. Eugenio, en mi posicion,
y aun en la tuya, que debe
ser casi igual á la mia,
hay que ver á sangre fria
aquello á que uno se atreve.
Si mujer de elegir tratas
de alta esfera, ha de pensarse
que ó ella desciende al casarse

ó trabajando te matas.
No hay remedio: una de dos.

EUG. ¡Yo trabajar!

LUIS. Y á destajo.

EUG. El que no teme al trabajo
no le teme ni aun á Dios.

LUIS. Pues cómo lo vas á hacer?
—Permíteme que me asombre.—

EUG. Casarse es comerse un hombre
(Recalcando mucho las palabras.)
lo que trae una mujer.

LUIS. ¡Dices cada extravagancia!...
(Entre chancero y grave.)

EUG. Hombre, te hablo sin reparo.
Pues si uno no va á ser claro
con su amigo de la infancia!...
Por el camino que vas
y pensando de ese modo,
mientras lo consigo todo,
nada tú conseguirás.
Deja ese pueril recelo
que hoy tu desventura labra,
y te empeño mi palabra
de casarte con Consuelo.

LUIS. ¿Cómo?

EUG. En tí tan solo extriba.
El cómo... no te lo digo:
haz una liga conmigo
ofensiva y defensiva.

LUIS. ¿Yo!...

EUG. ¿Te enojas como sueles?
Pues oye y no te alborotes.
Mira, chico, aquí hay dos dotes
para dos amigos fieles.
El mismo es nuestro interés.
Conque... no hay mas; á ayudarnos,
que ambos podemos armarnos.

LUIS. Pero tú... ¡todo un marqués!...

EUG. ¡Marqués yo? Lee la *Guia*
capítulo por capítulo,
y no encontrarás mi título.

LUIS. ¡Pues cómo! ¿es de fantasia?

EUG. ¡Hombre, no tanto, por Dios!
¡Si oido te hubiera Emilia!...
Es tradicion de familia,
y esto quede entre los dos,
que en premio de un casual
servicio de buena ley,
á un mi abuelo nombró un rey
marqués de Ausencia real.
Otro abuelo papanatas,
hombre miserable ó rudo,
pagar no quiso ó no pudo
lanzas y medias annatas.
Servicios que ya pasaron,
hijo mio, nada pesan,
y hé aquí que nos *desmarquesan*
como antes nos *marquesaron*.
Vine á este mundo despues
de tan gran barrabasada,
y me dije: «no soy nada;
seamos siquiera marqués.»
Y dicho y hecho: ínterin
revalido el marquesado
que á mi casa han arrancado,
uso el título, que al fin
con luz brillan muchos soles
que les es muy mas extraña,
y aquello que hay en España,
chico, es de los españoles.
LUIS. Pero para sustentar
dignamente ese boato
te habrás de dar cada rato!...
Tú tenias un pasar;
mas...
EUG. ¿Sales del limbo, chico?
LUIS. Es que no veo manera...
EUG. Aprende: mi padre era
eso que allá llaman rico.
Mucho potro, mucho galgo,
buena mesa, recepciones...
Resúmen: cinco millones.
LUIS. ¡Una gran fortuna!
EUG. Algo. (Con desden.)

Aunque ya peinaba canas,
se daba un trato de rey
sin mirar la inmensa grey
de mis hermanos y hermanas;
y lleno de aspiraciones
y en muy buena posicion,
nos daba una educacion...
como de cinco millones.
Fué, como todos los Sástagos,
mónstruo de fecundidad;
y al irse á la eternidad
dejó en el mundo diez vástagos.
Échate á buscar remedio
para el hombre que de un brinco
educado para cinco
se encuentra solo con medio!
¡Amigo! cuando me vió
tan tronado y tan en baja,
me dijo el mundo: «¡trabaja!»
y yo le dije: «¿Á que no!»

LUIS. ¿Y sostienes ese porte?...

EUG. Viviendo como crecí,
en dos años consumí
mi capital en la córte.
Aquel funesto bienio
vió mi peseta postrera.

LUIS. ¿Mas sin bienes ni carrera
cómo vives?

EUG. ¡Pist! me ingenio!

LUIS. ¿Acuñas moneda?

EUG. No.
(Bajando la voz y llevándoselo á otro lado.)
¿Has oido á la canalla
decir por ahí «otro talla?»

LUIS. Sí.

EUG. Pues ese otro soy yo.
(Despues de mirar á su alrededor.)

LUIS. ¿Tú! (Apartándose de él indignado.)

EUG. ¡Tiemblas? (Riéndose.)

LUIS. Es que si un dia,
como empleado, te hallo...

EUG. ¡Cá, tonto! Adonde yo tallo

no llega tu policia. (Mucha truhaneria.)

LUIS Mas... (Como pidiendo explicacion.)

EUG. Te daré la receta.
Ahora al caso, que es vital.
Ya me has visto al natural;
ya te he hablado sin careta.
Sabiéndose que nací
de padre rico, y mirando
que el dinero voy tirando,
por un Creso paso aquí.
Si sacar logro del juego
cuatro, cinco ó seis mil duros,
aunque pase mis apuros
los traigo á esta casa luego.
Verdad es que á lo mejor
un dia por ellos vengo;
pero se ha visto que tengo,
y eso aumenta mi esplendor.
Ahora bien, tú solo sabes
que heredé muy poco trigo,
y hé aquí por lo que contigo
no temo quemar mis naves.
Si una frase se te escapa
que á mi pobre herencia aluda,
se informan, y ya no hay duda
que la breva no se atrapa.
Conque el trato finiquito,
y en él tú eres quien mas medra.
Sé mudo como una piedra
y tendrás tu Consuelito. (Mimándolo.)

LUIS. ¡Yo aceptar?... (Indignado.)

EUG. ¡Valiente vida
te vas á llevar, bribon!
—¡Eh! Vámonos al salon
de baile. Es cuestion concluida.

LUIS No, no: es que yo...
(Rechazando enérgicamente la idea de alianza.)

ESCENA IV.

LUIS, EUGENIO, EMILIA, por el foro izquierda.

EMILIA. (Saliendo muy gozosa.) ¡Eugenio, Eugenio!

EUG. ¡Emilia!

EMILIA. ¿Qué hace usté aquí?

EUG. Charlaba con este.

EMILIA. ¡Ah!

(Saludándole muy friamente.)

LUIS. Sí. (Id.)

EUG. (Hazle la córte, mal genio! (Rápidamente.)

LUIS. ¡Yo?...)

EMILIA. De modo que usté ignora
que ocurre una novedad?

EUG. ¿Cuál?

EMILIA. Que hay crísis.

LUIS. (Vivo interés.) ¿De verdad?

EUG. ¿Desde cuándo?

EMILIA. Desde ahora.

LUIS. (Oh!...) (Muy contrariado.)

EUG. Yo sé que agua hace el buque;
pero tan pronto no infiero...

EMILIA. Si he visto al alabardero
que viene á llamar al duque.

EUG. ¡Ah! ya. ¿El duque estaba acá?

EMILIA. En el baile.

EUG. Esto promete.

(Restregándose las manos.)

EMILIA. Y ahora está en el gabinete
encerrado con papá.

EUG. ¡Claro! Como el duque forme
tendrá á Fernando á su lado.

EMILIA. Por si acaso, ya he mandado
que saquen el uniforme.

LUIS. ¡Lo tiene? (Con gran extrañeza.)

EUG. Pues es corriente.

EMILIA. ¡Mi mamá es tan previsora!...

EUG. En Madrid lo tiene ahora
toda persona decente.
Si ha corrido el rumorcillo
y del cambio hay ya sospechas,
se estará dando á estas fechas
cada mano de cepillo!...
(Acompañando con la accion la palabra.)

EMILIA. (Con ansiedad.)
Pero vaya usté á saber...

que la cosa está en un tris.

EUG. ¡Voy! ¡voy! ¡Se salvó el pais!
(Levantando la voz muy gozoso.)
Ya estamos en el poder!
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA V.

EMILIA, LUIS, CONSUELO, por la puerta izquierda.

CONS. ¿Qué dice?... ¡Ah! Luis...
(Oye las últimas palabras de Eugenio, antes de ver á Luis.)

LUIS. Esa cara
indica que ya no hay males.

CONS. Pues hoy no he andado muy buena.

LUIS. ¡Cómo?

CONS. ¡Viene usted tan tarde!...
(Bajando la vista.)

LUIS. ¡Consuelo! (Con pasion.)

EMILIA. ¡Bah! No le riñas,
que el pobre tiene bastantes
disgustos.

CONS. ¿Usted!

EMILIA. ¡Ya ves!
Van á dejarlo cesante.

LUIS. No es un hecho todavia.
(Procurando tranquilizar á Consuelo.)

EMILIA. Cierto: si como es probable
sube papá, ha de hacer algo
por usted.

CONS. ¡Dios nos ampare!

EMILIA. Vamos, señor Villaurrutia,
(Con aplomo y aire de proteccion.)
vamos, no hay por qué apurarse.
Sabe usted que tiene amigos
y que no han de abandonarle.

LUIS. Gracias.

CONS. ¿Y eso le preocupa?

LUIS. Necedad seria y grande
fingir que nada me importa
ver por el suelo mis planes.

Iban á darme el gobierno
de Huelva, puesto importante
para mí, porque allí todos
me quieren, como usted sabe,
y porque es una provincia
en que puedo acreditarme,
merced á que en ella hay mucho
por hacer. Pero, ¡qué diantre!
Yo necesito muy poco
y no temo que me falte
para vivir con mi renta.
No es esto lo que me trae
preocupado.

CONS. ¿Pues qué es?

LUIS. Cosas mias. Hay contrastes
en el mundo á los que nunca
he podido acostumbrarme.
Al entrar en esta casa
deslumbradora y brillante;
al contemplar la riqueza
de esos salones de baile,
siento oprimida mi alma,
porque hace solo un instante
que salí de una bohardilla
donde he encontrado una madre
con tres niños que lloraban:
—yo sospecho que de hambre.

CONS. ¡Dios mio! ¿Usted les daria?...

LUIS. Han empezado á tomarse
precauciones sanitarias,
y no hay dinero que baste
á socorrer las desdichas
que en las casas miserables
que visitar me ha tocado,
viendo estoy desde esta tarde.

CONS. ¡Una madre y tres criaturas!

LUIS. Y añada usted que su clase
era hace poco muy otra.

CONS. ¿Sí? (Asaltada por una idea.)

LUIS. Sí. (No comprendiendo la ansiedad de Consuelo.)

CONS. ¿Viven en la calle
de la Paloma?

LUIS. Allí viven.
CONS. ¿Sí?... (Pensativa.)
EMILIA. ¿Pero tú cómo sabes?...
CONS. He leido en un periódico,
algunos minutos hace,
un anuncio en que imploraban
la caridad.
EMILIA. ¡Qué desastre!
LUIS. ¡Oh! ¡De esto hay tanto en Madrid!
Mas los ricos... no lo saben.
CONS. Es verdad.
LUIS. ¡Pero usted llora!
—Vamos, vamos, no se hable
mas de tristezas. Entremos
en los salones de baile
(Separándose de ellas para tomar el sombrero.)
á ver si eso la reanima.
EMILIA. (Dile que vaya delante. (Mucha rapidez.)
CONS. ¡Por qué?
EMILIA. Mamá va á reñirte (Mucha claridad.)
si entras con él.)
LUIS. ¿Vamos?
EMILIA. Antes
(Indicándole que se espere: vivamente.)
va usté á cumplirme una oferta.
Es asunto de un instante.
LUIS. Bien.
EMILIA. Tome usted este álbum,
(Tomándole del velador.)
á ese gabinete pase,
y escríbame en él los versos
que me prometió en Biarriz.
(Angustia de Consuelo y súplica á Emilia.)
LUIS. Tiempo habrá...
EMILIA. Ha de ser ahora. (Secamente.)
LUIS. ¡Ah!... (Comprendiendo la intencion.)
CONS. Luis...
(Suplicante al notar el efecto que le hace.)
LUIS. ¡Ya!
EMILIA. (Procurando disculparse.) Es que...
LUIS. (Sonrisa fria.) No se canse
usted en buscar disculpas

que no pueden engañarme.
Comprendo bien que no quiere
que al salon las acompañe.
(Como asaltado por una idea que le halaga.)
—Voy á escribir... esos versos.

CONS. ¡Luis, Luis! Te vas sin hablarme?
(Que se ha dirigido á la puerta derecha.)

LUIS. ¡Á tí?
(Estan algo separados de Emilia, que se ha dirigido al foro y espera en él á Consuelo.)

CONS. ¡Yo te quiero tanto! (Todo á media voz.)

LUIS. Como yo á tí!... Vamos, cálmate.

CONS. Mira que si no te veo
me muero.
(Casi con el aliento y con los ojos anegados en lágrimas.)

LUIS. Adios... Pobre ángel.
(Al verla marchar. Luis contempla á Consuelo, que desaparece tras de Emilia por el foro izquierda, y se dirige á la puerta derecha, en la que ha aparecido Don Pedro, que dirige la palabra á los que le siguen. Luis deja que salgan y desaparece con el álbum en la mano.)

ESCENA VI.

LUIS, que se va luego, D. PEDRO, D. JUAN, D. JOAQUIN y EUGENIO, que despues atraviesa la escena.

PEDRO. Por aquí. (En la puerta derecha.)

LUIS. Con su permiso...
(Indicando que quiere pasar.)
Señores...
(Dejando pasar á D. Juan y D. Joaquin, que estan en el umbral de la puerta, y váse.)

PEDRO. ¡Eh! ya llegamos.

JUAN. ¿Y quién nos mete á nosotros
en festejos y saraos?
(D. Juan y D. Joaquin visten ridículamente, pero no tanto que desentonen el cuadro.)

JOAQ. Yo no le saco á esto jugo.

JUAN. Ni yo. Mejor allá abajo

nos estábamos los tres
fumando nuestros cigarros
y hablando de nuestras cosas.

JOAQ. No, no; es que si don Fernando
no me advierte que aquí habia
un negocio extraordinario,
no es el nieto de mi abuelo
quien se pone currutaco
para venir á su baile
de fraque y de tiros largos.

JUAN. Bailes... ¡los de castañuelas! (Picarescamente.)

JOAQ. ¡Es de lo mas arriscado
este don Juan!
(Á D. Pedro y riendo con malicia el dicho de D. Juan. D. Pedro rie forzadamente.)

PEDRO. ¿Y no quieren
echar por ahí un vistazo?
Don Fernando nos espera.

JUAN. ¿Sí?... Pues que espere sentado.
(Muy incomodado.)
¿Cree usted que es regular
tenernos ahí aguardando
dos horas largas, y estarse
divirtiendo mientras tanto
entre damas y galanes?

PEDRO. ¿Mas no podemos buscarlo?

JUAN. No señor; el que no tiene
que busque al que tiene.

PEDRO. ¡Vamos!..

JUAN. ¡No hay vamos!
(D. Juan cruza una mirada con D. Joaquin, que le indica que no se deje convencer.)

PEDRO. Pero es que...

JUAN. Mas
vale una vez colorado
que ciento amarillo. Si hoy
no nos hace ver muy claro
ese negocio que dice,
le voy á dar un escándalo.
(Movimiento de súplica de D. Pedro.)
¿Cuánto tiempo hace que está
(D. Pedro mira á todas partes con el temor de que

los oigan.)
trayéndonos y llevándonos
conque si el gobierno aprueba
ó no aprueba lo del barrio?

JOAQ. Ese es negocio perdido.

JUAN. Sí señor, se lo han negado;
(Bajando la voz y ciego de ira.)
sépalo usted.

JOAQ. (Irascible.) ¡Pero entonces
este hombre no tiene un cuarto!

PEDRO. (Queriéndolos calmar.)
Su influjo hará que...

JUAN. ¿Qué influjo!
¡Si ya nadie le hace caso!

JOAQ. ¡Si es un farsante!

JUAN. ¡Un perdido!

JOAQ. ¡Un trapisonda!

PEDRO. ¡Eh! ¡no tanto,
señores! Que estan ustedes
en su casa.

JUAN. ¡Voto al chápiro!
¿Su casa? Pues que me pague,
si no yo soy aquí el amo.

JOAQ. ¡Y pensar que es nuestra plata
la que se está aquí tirando!
Porque este baile, don Juan,
usted y yo lo pagamos.

PEDRO. ¡Por Dios! (Al ver su exaltacion.)

JUAN. Sí, señor; ¡nosotros!

(Eugenio sale por el foro derecha y se dirige á la puerta izquierda primer término. Llega al centro de la escena sin ver á los que estan en ella, repara que lleva el gaban ó abrigo al brazo, y se lo arroja á D. Juan diciéndole:

EUG. Al guardaropa, muchacho.

JUAN. ¿Cómo? ¡Oiga usted, mequetrefe!

EUG. (¡Mis dos judios! ¡Huyamos!) (Desaparece.)

JUAN. ¡Yo puedo ahogarle á usté en oro!
Yo no soy ningun lacayo.
¡Sepa usté!...
(Ha arrojado el gaban sobre un mueble.)

PEDRO. Pero, don Juan...

JUAN. ¡Por quién me toma ese zángano!

ESCENA VII.

D. PEDRO, D. JUAN, D. JOAQUIN, D. FERNANDO, que ha aparecido en el foro momentos antes.

FERN. ¿Y por quién ha de tomarle?
(Con afectada tranquilidad.)
Por uno de mis criados.
JUAN. (Dando una vuelta rápida hácia el foro.)
¡Cómo?
FERN. Si usted se vistiera
cual corresponde á su estado...
—Miren ustedes qué facha.
JUAN. ¡Ah! Tambien he de andar majo?
FERN. Amigo... en el que lo tiene
es hasta un deber gastarlo.
(D. Joaquin saca un par de guantes envueltos en un papel y se los pone al oir á D. Fernando.)
¿De qué vivirán los pobres
si los ricos no gastamos?
(Mucha sencillez.)
JUAN. ¡Rico usted!—No quiero oirlo.
Don Joaquin, vámonos, vámonos.
PEDRO. (Estan con usted que trinan.)
FERN. (¿Sí? Pues tendrán dos trabajos.)
Hola, ¿se enojan conmigo
despues de haberme faltado?
JOAQ. ¡Cómo?
JUAN. ¡Cómo!
FERN. ¿Es esta hora
de venir cuando les llamo
con tanta prisa?
JUAN. ¡Y nos riñe!
FERN. ¡Habrán ustedes estado
divirtiéndose!...
JUAN. Há dos horas
que estamos en su despacho.
FERN. ¡Pues! echando cigarritos;
¡tal vez de mí murmurando!
¡Ya conozco sus costumbres!

Mientras que yo aquí me afano
y trabajo como un negro
para que ustedes muy anchos
se gasten los patacones
que yo solamente gano!

JUAN y JOAQ. Eh?

FERN. ¡Buena la han hecho ustedes!
¡Adios, negocio! ¡Adios, barrio!

JUAN. Pero el gobierno no habia...

FERN. ¡Qué gobierno ni que diablos!
Si estuviera ahora formada
la sociedad y aprontado
el capital, el negocio
estaba ya en nuestras manos.
Pero ustedes con sus miedos
y su inercia me han creado
tal situacion que ahora dudo
que de ella salir podamos.

JUAN. Pero...

FERN. No puedo explicarme.
Quizá me estan esperando
para jurar.

JOAQ. ¡Eh?

JUAN. ¡Qué dice?
(D. Juan y D. Joaquin se miran atónitos.)

PEDRO. (Pero á qué este nuevo engaño
si han de saber?...

FERN. Si es verdad.)
El duque está ya en Palacio.
(Va de un lado á otro.)

PEDRO. ¡Usted ministro?

FERN. Y de Hacienda.

PEDRO. (Dios nos coja confesados!)

FERN. Cómo, siendo yo ministro,
he de ir por ahí gestionando,
(Sin atender á D. Juan y D. Joaquin, que le quieren hablar. D. Pedro se queda inmóvil.)
un negocio que el gobierno
ha de aprobar? ¡Ni pensarlo!

JUAN. ¿Y si en esta noche misma (Codiciosamente.)
quedara todo arreglado
y el capital en su caja?

FERN. Entonces... (Sin dejar de andar.)
JUAN. ¿En el sarao (Siguiéndole.)
estará toda la gente
de millones y de arraigo?
FERN. Yo lo creo.
JUAN. ¡Pues á ella!
(D. Juan y D. Joaquin se han dirigido algunas miradas de inteligencia.)
Usted se lava las manos
y entre yo y este compadre
el negocio le arreglamos.
JOAQ. Mañana y antes de bolsa
quedará depositado
el capital en su casa.
JUAN. Descuide usted. Para algo
son los amigos.
FERN. ¿Amigos?
Pues qué ¿se pasó el enfado?
JOAQ. En oyéndole á usté hablar... (Risita.)
JUAN. ¡Ya, ya! ¡Si es lo mas gitano!... (Id.)
FERN. ¡Sí! ¡Bien me explotan ustedes!
(Mucha gravedad.)
JUAN. ¡Inocente!... (Riéndose maliciosamente.)
JOAQ. No perdamos
tiempo en disputas.
FERN. Don Pedro,
vaya usted acompañándolos,
no se pierdan.
JUAN y JOAQ. ¡Jé, jé, jé!
(Celebrándole la ocurrencia.)
JUAN. Hasta despues.
FERN. Aquí aguardo.
JUAN. Es el hijo de la dicha.
(Á D. Pedro: vánse por el foro izquierda.)
FERN. ¡Oh!... ¡qué vida!... (Con desesperacion.)
LUIS. ¿Don Fernando?...
(Trae el álbum.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, LUIS, por la puerta de la derecha.

FERN. ¿Luis?... (Me da pena este chico.)

LUIS. Si molesto...
FERN. ¡Molestar!...
¿Pues no tenemos que hablar?
LUIS. No hablemos: se lo suplico.
Aunque por mi clase y bienes
respeto no se me deba,
yo no soy hombre hecho á prueba
de desaires y desdenes.
FERN. ¡Está usté ofendido!
LUIS. Sí.
(Despues de una ligera pausa: como quien no sabe mentir.)
FERN. Si es conmigo, sentiria...
LUIS. Ya dije á usted que sabia
que ella no era para mí.
Y ahora diré otra verdad
que libre á usted de recelo.
Aunque amo mucho á Consuelo,
amo mas mi dignidad.
FERN. (Sonriéndose.)
Pues no veo en eso un signo
de un amor tan grande y santo.
LUIS. No me quisiera ella tanto
si fuera yo menos digno.
FERN. ¡Bravo!... (Me infunde respeto.)
(Estrechándole la mano.)
LUIS. Así procede quien ama.
FERN. Es usted lo que se llama
un caballero completo.
¡Bravo! Aunque de esta comparsa
(Dándose grima de sí mismo.)
lleve yo tal vez la enseña,
sé apreciar al que desdeña
tomar papel en la farsa.
Usté al corazon me toca,
porque cual es aparece:
usté la verdad merece
y á oirla va de mi boca.
LUIS. Yo...
FERN. Cree usted, pobre niño,
que si á darle no me allano
de mi Consuelo la mano

es por falta de cariño?
Pues sepa que esto me abisma
en un desconsuelo inmenso,
y que al negarla, mas pienso
en usted que en èlla misma.

LUIS. ¡Cómo?

FERN. Hará unos veinte años,
(Despues de significarle que va á explicarse.)
mes adentro, mes afuera,
murió mi padre, que era
un fabricante de paños.
Trazado ya ese camino,
y enemigo yo del ocio,
seguir pude aquel negocio
muy seguro y no mezquino;
y con unos cien mil duros
que me tocaron de herencia,
vivir, sin grande opulencia,
pero sin grandes apuros.
Mas yo que de muerte odiaba
los batanes y su ruido,
yo que en mi rincon metido
con ser un Rotschild soñaba,
no bien la herencia pillé
vendí aquellos trastos viejos,
y con mis dos milloncejos
triunfante en Madrid entré.
Manejados con gran tino,
una fortuna espantosa
hecho hubiese, si otra cosa
no quisiera mi destino.
Con esa vehemencia extraña
de toda pasion primera,
amé á Sofia, que era
hija de un grande de España.
Por ganarla en buena lid
busqué del brillo el influjo,
y mis trenes y mi lujo
deslumbraron á Madrid.
Casi pobre me casé;
busqué cien veces el modo
de revelárselo todo

y palabras no encontré.
Echaba entre mí la cuenta
de hablarla, mas la encontraba
tan alegre, que pensaba:
«ahora que está contenta,
¿cómo esta nueva resiste?
mañana...» Y al otro dia
tampoco se lo decia
¡porque la encontraba triste!

LUIS. ¿Y vivia usted?...

FERN. Muriendo,
aunque con fortuna harta
siempre, en la Bolsa, á una carta
cuanto tenia poniendo.

LUIS. ¡Qué horror!

FERN. Pronto esto se dice,
mas sufrirlo es otra cosa.
—Despues lo que por mi esposa,
por mis pobres hijas hice!...
Y en tanto que disfrutaba
mi familia de un gran fausto,
yo, de recursos exhausto,
como un criminal temblaba.

LUIS. Y hoy... (Receloso.)

FERN. Hoy... todo ha cambiado.
(Estúdiese este momento difícil para el actor.)
Soy millonario y muy presto
ocuparé un alto puesto.
¡Mas lo que antes he pasado!...
(Mucha amargura.)

LUIS. Yo esposa no elegiria,
por mucho que la quisiera,
á quien decir no pudiera
al terminar cada dia,
en la forma lisa y llana
en que diciéndolo estoy:
«Con esto contamos hoy.
Esto gastarás mañana.»

FERN. ¡Palabras! Si á la mujer
por su cariño elegida,
acostumbrada á otra vida,
veia usted padecer

privaciones, á despecho
de esa firmeza que alabo,
haria usté al fin y al cabo
lo que todos hemos hecho.

LUIS. Puede ser. (Dudando de sí.)

FERN. Ahora bien.—Ya
á usted todo lo confio.
—¿Quiere usted ser hijo mio?

LUIS. ¿Cómo?

FERN. En sus manos está.

LUIS. Yo...

FERN. ¿Tendrá usted el valor
de pasar dias serenos
cuando mi hija eche de menos
el lujo y el esplendor?

LUIS. ¡No señor! (Resueltamente.)

FERN. Pues esto pasa.

LUIS. Pues menor inconveniente
es sufrir yo solamente,
y no pisar esta casa.

FERN. ¡Bien!

LUIS. Si quiere usted hacer
por mí...

FERN. Sí. ¿Cuál es su anhelo?

LUIS. Que sepa al menos Consuelo
por qué no la vuelvo á ver.

FERN. Lo sabrá. Me reconcilia
usté con el mundo.

LUIS. ¡Ah! Olvido...

FERN. ¿Qué?

LUIS. Que estudie usté al marido
que piensa dar á su Emilia.

FERN. ¡Cómo!

ESCENA IX.

FERNANDO, LUIS, SOFIA, EMILIA. Puerta izquierda.

SOFIA. Míralo ahí charlando. (Á Emilia.)

EMILIA. ¿Y el baile?
(Saludan á Luis ligeramente con la cabeza, y él contesta de la misma manera.)

FERN. ¡Ah!... sí.
SOFIA. Hombre, por Dios.
LUIS. El álbum.—Adios.
(Da el álbum á Emilia y la mano á Fernando.)
FERN. ¡Adios!
(Luis, Sofia y Emilia se vuelven á saludar.)
LUIS. (¡Para siempre!)
(Ya en el foro y dirigiendo una mirada al foro izquierda, y váse por la derecha.)
FERN. (¡Va llorando!)

ESCENA X.

FERNANDO, SOFIA, EMILIA.

FERN. Ya os he dado gusto. (Pesaroso.)
EMILIA. ¿Sí? (Muy alegre.)
FERN. Se va para no volver. (Preocupado.)
SOFIA. ¿Y lo sientes?
FERN. Puede ser.
¡Tiene ese hombre mucho aquí!
SOFIA. Pero eso no basta.
FERN. ¡Ya!
(Quiere decir «si bastara.»)
Á mas me llena de duelo
dar un disgusto á Consuelo.
EMILIA. ¡Oh!... ya se le pasará.
FERN. Como está mala...
SOFIA. Á sus años
ninguna dolencia dura.
EMILIA. Y Mosié Pierr asegura
que ha de curarse en los baños.
FERN. ¿Pero ustedes se persuaden
de que ese médico es
tan sabio?
SOFIA. ¡Vaya!
EMILIA. ¡Ya ves!
¡nos envian á Baden-Baden!
SOFIA. Y dí, ¿te habló nuestro yerno?
FERN. No.
EMILIA. Si aun no ha podido ser.
Le he mandado yo á saber

si somos ó no gobierno.

SOFIA. Ya me daba en qué pensar.
¡Eugenio! ¡eso es un partido!
Noble, rico, distinguido...

FERN. Pues de él me acaba de hablar
de una manera algo extraña
Luis, que mucho le conoce.

EMILIA. ¿Mucho? ¡Bah! No tiene él roce
con gentes de esa calaña.

SOFIA. Eso es envidia.

EMILIA. Ó despecho.

FERN. Es posible.

EMILIA. Ó todo junto.

SOFIA. Nada, nada: en ese punto
puedes estar satisfecho.

FERN. No sabe ponerse tasa
(Insistiendo de nuevo.)
para gastar y...

EMILIA. ¿Eso qué?

FERN. ¡Eso!...

EMILIA. Yo le enseñaré
(Con mucha gravedad y con la seguridad de ser obedecida.)
cómo se arregla una casa.
(Fernando se rie. Emilia toma el álbum y se pone á leer. Fernando mira de hito en hito á su mujer con extrañeza y como ensimismado.)

FERN. ¡Ah! si, tú... Pero ¿qué es esto? (Á Sofia.)
¿Tendré que echarte una homilia?
¿Y tus joyas de familia?
¿Por qué no te las has puesto?

SOFIA. ¡Pesan tanto!

FERN. ¡Vaya un mal!
Pues eso no lo perdono!
(Dando mucha importancia á la cosa.)

SOFIA. Recibiendo es de mal tono
llevar encima un caudal.

FERN. ¡De mal tono?

SOFIA. Sí señor.

FERN. Pues haces mal: lo sostengo.

SOFIA. Como saben que las tengo
no me las pongo. (Como razon concluyente.)

EMILIA. ¡Qué horror!

(Muy alborotada por lo que acaba de leer.)

FERN. y SOFIA. ¿Eh?...

EMILIA. ¡Y aun estabas perplejo!

(Á su padre fuera de sí.)

Ve lo que aquí escrito deja
Luisito. (Con saña y entregándole el álbum.)

FERN. (Leyendo.) «Á Emilia. Conseja,
ó si se quiere consejo.—
—Algo exhaustos sus tesoros
en Valencia estaba el Cid,

(Lee con cierta extrañeza.)

cuando en la huerta los moros
le retaron á una lid.
Á sus hijas, aun doncellas,
llama luego el Campeador,
y con su esposa y con ellas
sube al alminar mayor.
«Cuantos moros de aquí veis,
dijo, sobre mí caerán.
Dentro de poco sabreis
cómo yo me gano el pan.
Y viendo lo que es ganarlo,
si sois mujeres de bien,
es de esperar que en gastar lo
tengais cierto ten con ten.»
—Ruda lid presto se traba,
bien trabaja el Campeador.
Cuando á Valencia tornaba
bien le corria el sudor.
—¿Se enmendaron con tal vista
las prendas que él quiso mas?
—En esto calla el cronista.
Pero oye al Cid y sabrás.
—«Con quince lidié en Zamora
y á los quince los vencí.
Una mujer gastadora
se basta á vencerme á mí.
¿Quién por bien en razon mete
á un corcel que se recela?
Maldiga Dios al ginete
que cabalga sin espuela!»

Las hijas del Cid casaron
con infantes de Carrion.
¿Por qué las vapulearon?
Saca tú la conclusion.»

SOFIA. ¡Qué avilantez!

EMILIA. ¡Qué insolencia!

FERN. ¡Anda! que bien castigado
va el pobre.—Aunque bien pensado,
¡gastais tanto!...

SOFIA. No hay paciencia,
Fernando, que baste ya
á oir tales tonterias.

EMILIA. Sí, con tus economias
nos perjudicas, papá.

FERN. Pues hija...

SOFIA. ¡Y en qué ocasion
quiere que economicemos!
Cuando es preciso que echemos
la casa por el balcon.
La boda de Emilia...

FERN. Sí...

SOFIA. Una suerte como esta
siempre un sacrificio cuesta.

EMILIA. ¡Chis! Eugenio.

SOFIA. (Muy gozosa.) ¡Ah! ya está aquí!

ESCENA XI.

FERNANDO, SOFIA, EMILIA, EUGENIO, foro izquierda.

FERN. ¿Qué?

EUG. Comision evacuada,
y por cierto en breve espacio.
El duque sigue en palacio
y no se trasluce nada.

FERN. Eso tan seguro está...

EUG. Como no haya algun pastel...

FERN. (Déjame á solas con él.)
(Á Sofia rápidamente.)

EUG. (Llévate de aquí á mamá.) (Á Emilia.)

EMILIA y SOFIA. ¿Vámonos? (Las dos á un tiempo.)

SOFIA. ¿Eh?

EMILIA. (Tiene priesa.
SOFIA. Hasta que hablen no sosiego.)
EMILIA. Señor ministro, hasta luego.
FERN. Á los pies de usted... marquesa.
(La última palabra la dice Fernando al oido de Emilia. Vánse ellas por el foro izquierda.)

ESCENA XII.

FERNANDO, EUGENIO.

EUG. Pues señor: yo te tenia
que hacer una peticion,
que tu nueva posicion
por lo pronto contraría.
FERN. ¡Hombre, sea la que sea!...
EUG. No sé si has notado ó no
que entre tu hija Emilia y yo
media algo.
FERN. Tengo una idea.
EUG. Cuando lejos del pináculo
en que ahora estás te miraba,
hoy pedírtela pensaba.
FERN. Por pedida. (Sonriéndose.)
EUG. Hay un obstáculo.
FERN. Y es?
EUG. Que yo no suministro
pasto á hablillas; y que acaso
dirán por ahí que me caso
porque te han hecho ministro.
FERN. Y ante que una hablilla amague
te paras? No seas así.
Mañana dirán de mí
que estoy haciendo un enjuague.
EUG. Aquí hasta al mejor repúblico
así se le hace la guerra.
FERN. Créeme á mí. En esta tierra
(En tono declamatorio.)
no puede serse hombre público.
EUG. Cierto. Y porque de rechazo
no me rompan á mí el alma,
prefiero esperar con calma

á que des el batacazo.

FERN. Pero es menester que mires
que este ministerio es
sólido.

EUG. Que dure un mes.
(Como concediéndole mucho.)
—No creo que á mas aspires.

FERN. Más, más...

EUG. ¡Así un siglo dures!
—Un medio hay si te acomoda
de apresurar nuestra boda.
Anunciarla antes que jures.

FERN. ¡Hombre!... Así de sopeton...
Piensa...

EUG. ¿Si esto se pensara
habria quién se casara?

FERN. Mas... (Conteniendo la risa.)

EUG. Nada: *alons san fason.*

FERN. Pero el dote...

EUG. Quita allá!
(Apartándose de él y como rechazando la idea con indignacion.)
No me atrae á mí ese cebo.
Yo sí que decirte debo
con lo que cuento.

FERN. ¡Hombre! Cá!
(El mismo juego de antes.)

EUG. Pero si esto es muy sencillo.

FERN. Deja esa cuestion aparte.

EUG. Es que no quiero ocultarte
que ando un poco atrasadillo.

FERN. Ya me han hecho una advertencia.

EUG. ¿Sobre esto? (Inquieto.)

FERN. ¡Así lo he pensado!
Si gastas!...

EUG. Di que he gastado.
Ahora voy á echar prudencia.

FERN. ¡Tú?

EUG. Chico, te lo confieso,
porque en esto no hay mancilla.
Ese diablo de chiquilla
me tiene sorbido el seso.

FERN. Pero si eso se te pasa...
EUG. No me hables ya de otra cosa
que de mi paz y mi esposa,
y mis chicos y mi casa.
FERN. ¡Tus chicos!
EUG. Tendré en un vuelo
un diluvio de pelones.
¡Ya verás qué cara pones
cuando te llamen abuelo!
FERN. ¡Jé, jé... Pues para acabar.
(Con cierto embarazo.)
Yo á Emilia—y con mil apuros—
le podré dar... cien mil duros.
EUG. (¡Sopla!) De eso no hay que hablar.
FERN. Mas ten una cosa en cuenta.
Que hasta que hayas demostrado
(Marcando mucho las palabras.)
que la cabeza has sentado
solo te daré la renta.
EUG. Bueno. (Ya te diré yo...)
FERN. Tú aun teniendo muchos bienes
gastas mas de lo que tienes...
Y no eres tú solo, no.
(Eugenio quiere hablar y no le deja.)
Todo el mundo está en un tris
desde hace mas de un decenio.
El mismo pais, Eugenio...
(En tono declamatorio.)
¡Qué no gasta este pais!
Y no es que desde el poder
este ó el otro derroche.
¡Es que España ha echado coche
sin poderlo sostener!
EUG. ¡Bravo!
FERN. Lo que se recauda
(Creyéndose en el Congreso.)
¡cómo ha de bastar así!
EUG. Lástima que no haya aquí
mayoria que te aplauda!
FERN. ¿Te ries?
EUG. Á reventar.
¿Con que le digo á Sofia (Mimoso.)

que ya la ventura mia
puede á todos anunciar?

FERN. Bien.

EUG. ¿Y cuándo me veré (Acariciándolo.)
dueño de Emilia? ¿mañana?

FERN. Será en toda la semana.
(Riéndose de su prisa.)

EUG. (Le he pillado.)
(Despues de estrecharle la mano con agradecimiento.)

FERN. (¡La casé!) (Con expansion.)
(D. Pedro ha aparecido momentos antes en el foro izquierda. Eugenio, al encontrarse con él lo saluda familiarmente apoyándole una mano en el hombro.)

EUG. ¿Don Pedro? (Váse foro izquierda.)

ESCENA XIII.

FERNANDO, D. PEDRO; el primero mas jovial y chancero que nunca.

FERN. Venga usté acá,
buen viejo. Usted que deplora
que yo gaste, venga ahora
á reñirme. ¿Y qué tal va?
¿Qué han hecho esos dos hambrones?
¿Van sacando algun partido?

PEDRO. Á estas horas han reunido (Pesaroso.)
un puñado de millones.

FERN. ¿Qué tal! ¿Vé usted? Cada duro
que empleo en festejos vanos,
se me vuelve entre las manos
una barra de oro puro.
Hago el barrio; á mi familia
goces sin cuento prodigo;
subo al poder, y consigo
casar á mi gusto á Emilia.
Diga usté ¿es malo el sistema,
viejo gruñon? (Cariñosamente.)

PEDRO. Malo ó bueno
yo ni aplaudo ni condeno.
Cada loco con su tema.

FERN. ¿Teme usted? (Riéndose.)

PEDRO. ¡Sí señor, sí!
Y aprovechando este instante
en que está usté tan boyante,
voy á marcharme de aquí.
FERN. ¿Cómo!...
PEDRO. ¡Nada! La verdad.
Al lado de usted estando,
siempre he de vivir temblando,
y eso no es para mi edad.
FERN. ¡Es usted!... (Fuera de sí.)
PEDRO. Un necio, un niño.
(Sin dejarlo acabar.)
Mas no quiero presenciar
lo que á usted le va á pasar,
porque le tengo cariño. (Conmovido.)
FERN. Mas viéndome cual me veo
¡qué le espanta, hombre apocado!
PEDRO. No ve usted que yo he gozado
de estos dias de apogeo.
FERN. Á usted le faltó energia.
Esto es para el que lo entienda.
PEDRO. Sí señor. ¡Ay, pobre tienda!
¡Ay, calle de Postas mia!
FERN. ¡Vamos!...
PEDRO. Sí, ya sucedió.
Mas mi tienda era un tesoro
en que entraba un mar de oro.
FERN. ¿Y por qué la traspasó?
(No pudiéndolo sufrir ya. Le molesta que le recuerde ciertas cosas.)
PEDRO. Le empezaron á hacer ascos
mi hija y mi mujer aunadas,
y entre esas dos desdichadas
me barajaron los cascos.
FERN. ¿Y á qué recordar?... (Muy preocupado.)
PEDRO. ¿Á qué!...
(Mirándolo fijamente.)
—¡Aun hoy no me lo perdono!—
En un colegio de tono
á la muchacha crié.
Allí solo se rozaba
con gentes de rango y pró,

y cuando á casa volvió
su casa le avergonzaba.
¡Qué habia de suceder!
Con sus humos de grandeza
la poco firme cabeza
trastornó de mi mujer.
Luego... las dos me cogieron
debajo, como quien dice,
y para acabar, ya hice
todo lo que ellas quisieron.

FERN. ¡Y se metió usté á bolsista!
(Como quien dice: no pudo usted hacer cosa peor, y todo está explicado.)

PEDRO. Y al pronto, bien todo andubo,
y como á usted se me tuvo
por un gran capitalista.

FERN. ¡Como á mí!

PEDRO. Y mimado yo,
mi hija se puso de moda,
¡y tambien allí una boda
como aquí se proyectó!

FERN. Bien, sí...
(Le molesta, le pesa todo lo que D. Pedro le cuenta.)

PEDRO. Mas tuve un trabajo
con una alza inesperada,
y desde aquella jugada
fuí siempre cabeza abajo.

FERN. Pero si eso ya lo sé, (Estallando.)
¿á qué aguarme la alegria?...

PEDRO. ¡Es que esta historia, ahora mia,
será pronto la de usté!

FERN. Cada uno habla de la feria...

PEDRO. Mi familia derrochando,
yo ciego en falso jugando
presto llegó la miseria.

FERN. Mas...

PEDRO. Se vendieron los trenes;
salimos de nuestro hogar;
y para poder pagar
hice cesion de mis bienes.
Mi hija encontró este partido
tan horroroso, insoportable,

y huyó con el miserable
que iba á darle por marido.

FERN. ¡Basta!

PEDRO. No debió bastar.
Sin fuerzas para esto ver
mi desgraciada mujer,
murió luego de pesar;
y yo sin mi compañera,
llorando mi desacierto,
de hambre y pena hubiese muerto
si usted no me recogiera.

FERN. ¡Ánimo! Al fin, de esos lances
sacó usté ileso su nombre.

PEDRO. ¡Gracias á Dios!

FERN. (¡Pobre hombre!
(Explicándose así todo lo que pasó á D. Pedro.)
¡Como es tan corto de alcances!...)

PEDRO. Conque... yo me marcho.

FERN. ¡Bah!

PEDRO. Sí, me aterra este esplendor.

FERN. ¿Qué?
(Á un Criado que aparece en el foro con un pliego.)

CRIADO. De parte del señor
duque de...

FERN. Bien: trae acá. (Váse el Criado.)
(Le toma con ansiedad.)
—«Nuestro plan ha fracasado.
Esta situacion se afirma.»

PEDRO. ¿Y firma el duque?

FERN. Sí, firma!

PEDRO. ¡Ah!... ¡lo ve usted, desdichado!

FERN. Ya se puede usted marchar.
(Completamente abatido.)

PEDRO. ¡Ahora yo! ¿qué me he de ir!
¡Llegó la de sucumbir!

FERN. (Con rapidez.)
¡No, llegó la de luchar!

PEDRO. ¿Luchar? (Con desaliento.)

FERN. ¡Sí! Todo se obtiene
(Despues de reflexionar y como asaltado por una idea salvadora.)
si hago ver con una traza,

que si la crisis se aplaza
es porque á mí me conviene.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. JUAN, D. JOAQUIN, foro izquierda.

JUAN. ¡Negocio hecho!
(Á D. Joaquin. Ambos vienen muy contentos.)
PEDRO. (Aquí estan.
(Á D. Fernando, con temor.)
FERN. Quieto y déjeme decir.)
—Si ahora llego yo á subir,
se lleva el diablo mi plan.
(D. Juan y D. Joaquin se detienen al oir estas palabras. D. Fernando continúa sin hacer caso de las señas de D. Pedro.)
JOAQ. ¿Eh?
PEDRO. Mas...
FERN. Lo he pensado en serio,
y por mas que usted murmure,
mi negocio está en que dure
el actual ministerio.
PEDRO. ¿Cómo?
FERN. Yo ministro, al fin,
frente haria á estos reveses;
mas median los intereses
de don Juan y don Joaquin;
y aun cuando estos dos judios
(D. Juan da un paso, el otro le contiene.)
son dos solemnes tunantes,
sus intereses son antes
á mis ojos que los mios.
PEDRO. Mas...
(Desde luego se comprende lo que debe estar pasando por D. Pedro y los que escuchan como agazapados.)
FERN. Hablo con fundamento;
y obedeciendo á esta norma:
si la sociedad se forma
(Marcando mucho las palabras.)
despues de mi nombramiento,

dirán todos que especulo
desde el poder,—y algo mas,—
y los que vengan detrás
lo declaran todo nulo.
Mas si la encuentro formada
aquel dia que me eleve,
¿es extraño que la apruebe?
¿Puede decírseme nada?
No.—¿Y esto quién lo deshace?
Nadie!—Pues cosa es sabida
que hay que aplazar la subida.

JUAN. Sí, señor, sí.
(Con poca voz y en el tono de reserva que ha usado Fernando.)

JOAQ. ¡Qué se aplace!

FERN. ¿Qué?... ¿Oyeron?... (Fingiendo sorpresa.)

JUAN. Casualidad.

JOAQ. ¡Hay que aplazar eso! (Con ansiedad.)

JUAN. Sí.

JOAQ. ¿Mas cómo?...

FERN. Déjenme á mí
que piense.
(Fernando se queda en actitud de pensar. D. Juan y D. Joaquin forman grupo, á la derecha, con D. Pedro con quien hablan y cuchichean. Sofia, Consuelo y Emilia salen por la puerta de la izquierda, y como siguiendo la conversasion que traen, le muestran y dan á Consuelo el álbum que quedó sobre el velador de la izquierda.)

ESCENA XV.

DICHOS, SOFIA, CONSUELO, EMILIA, despues EUGENIO.

EMILIA. (Á Consuelo.) Ve si es verdad.

CONS. ¡Yo!...

SOFIA. Toma y lee.—¡Señores?...
(Le contestan con la cabeza.)
—¡Ya la boda he publicado!
(Á Fernando á media voz.)

FERN. Bien, bien. (Sin hacerle caso.)

JUAN. ¿Hay algo pensado?

FERN. Nada.—¡Ah!...
(Al ver á Eugenio, que aparece en el foro izquierda.)

EUG. (¡Mis acreedores!)

JOAQ. (¡Mi deudor!)

JUAN. El del gaban.
(Dando un paso hácia Eugenio.)

FERN. (¡Calle usté y no se lo nombre!
(Sujetándole por el brazo.)

JUAN. ¿Y por qué?

FERN. Porque ese hombre
(Con exagerado misterio.)
lo puede todo, don Juan.

JUAN. ¿Ese?
(Sofia, Emilia y Eugenio forman campo aparte.)

FERN. Ese nos va á salvar.

JOAQ. ¡Mire usted que de él sospecho!...

FERN. ¡Es el ojito derecho
del duque!)

EUG. (¡Cómo escapar!)

FERN. ¿Eh?
(Al ver á Eugenio que da un paso hácia la puerta izquierda.)

EUG. ¿Qué?

FERN. Eugenio, necesito...

EUG. Pronto vuelvo.

FERN. Ten paciencia.
Necesito tu influencia.

EUG. Mi in...

FERN. No te hagas el chiquito.

EUG. ¡Yo! (¡Y me miran!)

FERN. Ahora vas
á hacer que el duque procure
que el actual gobierno dure
doce ó quince dias mas.

SOFIA. ¿Pero, hombre!...

FERN. ¿Estás enterado?

EMILIA. Mas... (Pidiendo explicaciones á su padre.)

FERN. (¿No sabes lo que pasa?
Si ahora subo, no se casa.

EMILIA. ¡No subas!

SOFIA. ¡Qué delicado!)

FERN. Conque á tí todo lo fio.

Sálveme tu buen ingenio.

EUG. Pero yo...

SOFIA. ¡Eugenito!... (Suplicante.)

FERN. ¡Eugenio!

JUAN y JOAQ. ¡Don Eugenio! (Súplica respetuosa.)

EMILIA. ¡Eugenio mio!

EUG. Mas ¿qué he de hacer? (Aturdido.)

FERN. (Darles cuerda.)

EUG. ¡Ustedes me *mistifican*!

FERN. Mira que te lo suplican
los infantes de la Cerda.
(Por D Juan y D. Joaquin, con entonacion cómica y guiñándole.)

JUAN y JOAQ. ¿Eh?...
(Á D. Fernando por no haber entendido.)

FERN. Nada. (Con rapidez.)

EMILIA. Hazlo por papá.

EUG. ¿Pero en qué pais estamos?
(Á los unos y los otros.)

FERN. ¡Todos te lo suplicamos!

JUAN y JOAQ. ¡Todos!

SOFIA y EMILIA. ¡Todos!

FERN. (Vete ya.

EUG. ¿Y adónde?

FERN. Á dormir!)

EUG. (Á unos y á otros.) Bien: voy.

EMILIA. Abrígate, que hace frio.

JUAN. Aquí está el gaban...

PEDRO. (¡Dios mio!)

(D. Juan y D. Joaquin van apresuradamente por el gaban, que está sobre un mueble, y se lo ponen á Eugenio haciéndole mil zalamerias. Consuelo, que continúa leyendo, no vé nada de lo que pasa. Don Pedro sigue con angustia los distintos accidentes de la escena. Eugenio contempla con recelo á los que le estan poniendo el gaban, y cuando lo miran, su fisonomia cambia con rapidez de expresion. Fernando le quita de las manos el sombrero y se lo encasqueta.)

FERN. El sombrero.

EUG. (En babia estoy.

JOAQ. (Si eso logra en nuestro abono

(Al oido de Eugenio, al meterle la manga del gaban.)
le renuevo el pagaré.)

JUAN. (Como lo consiga usté (Id. Id.)
aquel pico le perdono.)

EUG. ¡Eh!

FERN. Con que aplomo y cautela.
¡Que no caigan!
(Fernando le indica que se marche con la actitud que suelen tomar en las tragedias los cantantes italianos.)

JUAN. Eso!

SOFIA y EMILIA. Sí.

CONS. (¡Oh! le perdí, le perdí!)
(Desprendiéndosele el álbum de las manos.)

JUAN y JOAQ. ¡Vamos!

SOFIA. ¡Pronto!

FERN. ¡Corre!

EMILIA. ¡Vuela!

(Sofia, Emilia, D. Juan y D. Joaquin remolcan á Eugenio hácia el foro, suplicándole todos á un tiempo por lo bajo. Fernando permanece en el centro de la escena: al verlo desaparecer respira con expansion. D. Pedro sigue en primer término á la derecha aturdido por la ocurrencia de D. Fernando. Consuelo ajena á cuanto pasa con la cabeza caida sobre el pecho. D. Pedro al ver que llegan al foro los que despiden á Eugenio, se dirige rápidamente á Don Fernando y le dice lleno de angustia y zozobra al par que con energia el penúltimo verso del acto, y Fernando le rechaza con un gesto antes de decir verso final.)

FERN. ¡Ah!...

CONS. (¡Murió la dicha mia!)

FERN. (¡Mi ingenio todo lo allana!
(Con orgullo y satisfaccion.)

PEDRO. Pero... ¿y mañana? ¡y mañana?

FERN. ¡Mañana será otro dia!)
(Los que están en el foro bajan hácia Fernando, muy satisfechos, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Acaba de anochecer.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, EUGENIO, CONSUELO.

Los dos primeros aparecen en animada conversacion, que interrumpen al ver á Consuelo en la puerta del foro.

FERN. (¡Silencio!) (Á Eugenio aparte, al ver á Consuelo.)
CONS. Adios, papá mio. (Desde el foro.)
FERN. ¿Cómo estás, hija? (Yendo á su encuentro.)
CONS. Hoy me siento
algo mejor que estos dias.
EUG. ¿Hermanita?...
CONS. Adios, Eugenio.
(Con cierta frialdad.)
¿Cómo está usted?
EUG. ¡Aun de usted?
Pues mira que esos respetos
entre cuñados, revelan
ojeriza ó poco menos.
FERN. Hombre, no la mortifiques.
EUG. ¡No me la eches tú de suegro
tomando ese tono grave!

FERN. ¡Es que estais siempre!...

EUG. Pues déjanos.
—¿Por qué estás seria conmigo?
Ven acá.—¿Yo, qué te he hecho?

CONS. No dejarme ver á Emilia.
(Con candorosa ingenuidad.)

EUG. ¡Cómo? ¡Que yo no te dejo?...
(Fingiendo dominar la risa.)
Pero si ella sale y entra
y campa por su respeto,
y desde que nos casamos
casi casi no la veo!

CONS. ¿Pues por qué viene tan poco
á casa?

EUG. ¿Y yo qué sé de eso?
Por un lado las visitas:
por otro el ir á paseo;
ayer carreras; mañana
por la mañana concierto;
hacerse ver en el palco;
y hoy comer con las de Otero,
y mañana en la embajada,
y asistir á un baile luego,
y vestirse treinta veces
y... ¡qué sé yo!... piensa en ello:
una señora casada
para nada tiene tiempo.

CONS. Pero ella está triste.
(Fernando se pasea impaciente.)

EUG. ¿Triste?
¡Cá! hija, no! ¡cá, ni por pienso!
¡Pensativa, sí: ya ves,
estos cuidados domésticos!...

CONS ¡Pues si eso es casarse!...

FERN. Vamos.
(Interponiéndose entre los dos, para cortar la conversacion.)
Tú ibas á salir ¿no es esto?

CONS. Sí, con el aya.
(Esta habrá aparecido en el foro.)

FERN. ¿Y venias?...

CONS. Á decirte «adios» primero;

y despues á proponerte
un negocio.

FERN. ¿Tú? (Sonriéndose.)

EUG. (Celebrando la idea.) ¡Soberbio!

CONS. Nada: el caso es muy sencillo.
Quince duros juntos tengo
de los que me has ido dando,
(Con cómica gravedad.)
y necesito venderlos.
Los tengo en oro: hoy el oro
se ha pagado al tres por ciento:
(Señalando á un periódico que trae en la mano.)
conque me das una onza
y queda el negocio hecho.
(Con candorosa picardía.)

FERN. Entendámonos: tú quieres
(Despues de cruzar una mirada con Eugenio.)
un billete de á doscientos,
(Mucha gravedad forzada.)
otro de á ciento y un duro.

CONS. No, no: billetes no acepto: (Rapidez.)
esos papelitos nunca
me han parecido dinero.
Te pido una onza de veras.

FERN. Pues á pocos que hagas de estos
negocios vas á dejar
sin reputacion á Creso.
—¿Tienes tú una onza? (Á Eugenio.)

EUG. (Siguiendo la broma.) ¡Yo!
Nunca he formado museo
numismático.

FERN. Pues mira:
toma un duro y dí á don Pedro
que te cambie.
(Dándole una monedita de oro con malicia.)

CONS. Muchas gracias; (Sonriéndose.)
y adios, papá. Adios, Eugenio.

FERN. ¿Pero tú para qué quieres
(Ya formal y con curiosidad.)
una onza?

CONS. Es un secreto.
(Consuelo hace una seña al aya; esta desaparece

por la derecha del foro y ella por la puerta que comunica con la escalera que conduce al despacho. Fernando la contempla al irse, con azoramiento. Eugenio con lástima.)

ESCENA II.

FERNANDO, EUGENIO.

EUG. Ea, chico, hablemos claro.
(Con desenfado y cierta acritud.)
Me tienes yendo y viniendo
diez dias há, y no lo entiendo.
¿Qué es esto? Dí sin reparo.
FERN. Hombre, circunstancias...
(Con embarazo y observando su actitud.)
EUG. ¡Cá!
Á tí te han dicho al oido
algo de mí y lo has creido.
FERN. ¡No pienses!...
EUG. (Viene resuelto á todo.) ¿Y qué mas da?
Desde que á tu cara Emilia
me hallo por fortuna junto,
entre tú y yo todo asunto
es asunto de familia.
FERN. Pues franqueza, ya que así
me haces ver que es necesaria.
Esta crísis monetaria
me tiene, Eugenio, hasta aquí.
Tus apuros serán graves;
pero mayor es mi apuro;
y hoy dia el que tiene un duro
lo guarda con siete llaves.
Conque no hay mas que esperar
que esto pase, y créeme,
en Madrid no hay quien te dé
un cuarto.
EUG. ¡Qué me han de dar!
Lo que debieras decir,
y fuera mas oportuno,
es si hay en Madrid alguno
que no me venga á pedir.

FERN. Pero...

EUG. Ni pongo ni quito.
He tronado—ya lo sabes.—
Conque, ea, saca esas llaves
y abre la caja, chiquito.

FERN. ¡Eh... deja bromas á un lado,
que aun siendo en broma me apuras!

EUG. ¿Bromas? !Tú no te figuras
el yerno que te has echado!

FERN. ¡Eugenio!
(Con asombro, al empezar á conocerlo.)

EUG. (Riéndose con cinismo.) ¡Cosa mas rara!
¿Sabes que mas que banquero
pareces un usurero
cuando pones esa cara?

FERN. ¡Pero, hombre!...
(Como quien quiere creer que todo es broma.)

EUG. Yo te creí
muy otra cosa,—de veras.—
Á olerme yo quien tú eras
no me pilla Emilia á mí.
Pues qué, ¿no hay mas que «ahí la tienes,»
échate encima ese rédito
y aumenta por ahí mi crédito
con tus bailes y tus trenes?
Esa, chico, no se traga.
¿Tener quieres yerno ilustre
que de balde te dé lustre?
¡No, señor! eso se paga.
Dame á mano y te pondré
por cima de los planetas:
ve tú ganando pesetas
que yo te las gastaré.

FERN. Es que mi bolsa has creido (Siguiendo su tono.)
que cierro con un candado,
y á mí nadie me ha ganado
á tirar lo que he tenido.

EUG. Pues yo de refuerzo vengo.
Conque doblemos la hoja
que ya somos dos: afloja.
(Presentándole la mano.)

FERN. No te digo que no tengo. (En voz baja.)

EUG. (Fijando la vista en él con recelo y cuadrándosele.)
¡Palabra formal!

FERN. Formal.

EUG. Pues la situacion es bella.
(Echando cuentas consigo mismo.)

FERN. Desde el fracaso de aquella
formacion ministerial,
—¡maldita sea la estampa
del que me metió á político!—
hasta el barrio, en lo mas crítico,
se lo ha llevado la trampa.

EUG. De manera que esas voces
(Mirándole de hito en hito.)
de tu quiebra, que andan ya,
son ciertas.

FERN. ¡Quebrar? ¡Bah, bah!
(Sacudimiento y cambio.)
Chico, tú no me conoces.
Yo me sacudo la ropa
de aquí á un mes ó cosa así,
y no hay quien me tosa á mí
en España ni en Europa.
¡Quebrar! En cuanto estos tios
caigan, todo se acabó.
Esto dura hasta que yo
haga subir á los mios.

EUG. ¿Conque de hoy en un mes llegas
á la cumbre de los bienes? (Con sorna.)

FERN. ¡Ya verás qué suegro tienes!
¡Vas á tirar mas talegas!

EUG. Poco es un mes. (Frialdad estudiada.)

FERN. Basta á alzar
mi fortuna y mi buen nombre.

EUG. Un mes. Es lástima, hombre,
que yo no pueda esperar.

FERN. ¡Cómo?

EUG. Como vas á oir.
Mira: yo antes de casarme
tenia... así... que ingeniarme
un poco para vivir.
El Casino—ya tú ves—
no siempre da para coche.

Que me iba mal una noche;
pues firmaba pagarés.
Mis ingleses, ya sin cuento,
buenas largas me iban dando,
la esperanza acariciando
de un brillante casamiento.
Es asunto que da grima.
Pero apenas me he casado,
como un tigre se me ha echado
Inglaterra entera encima.
De su furia me riera;
pero apoyan su propósito
escrituras de depósito
y alguna que otra friolera.
Y ya ves, aunque pesado
que estoy siendo considero,
antes que en el Saladero
mires á tu yerno amado,
por mas que saber te aflija
cuánto es mi destino negro,
opto por decirte: «Suegro,
dame el dote de tu hija.»

FERN. Pero... ¿y tu renta?

EUG. Voló.

FERN. ¿Y la suma que en mi caja
llegaste á tener?

EUG. ¡Ya baja!
Hija del *monte* á él tiró.

FERN. Mas... (Atónito.)

EUG. Pendiente de una hebra
no puedo dejar á Emilia.
Ya soy jefe de familia,
y por ahí se habla de quiebra...

FERN. ¡Basta!! (Con indignacion.)

EUG. Pero ven acá,
y trátalo sin veneno.
Si al fin has de dar el trueno
—dime—¿qué te cuesta ya
soltar de lo que aun dispones
cien mil duros á un pobrete?
¡Caso de quebrar por siete,
quiebra por nueve millones!

FERN. ¡Basta, Eugenio! Ya sé bien
quién eres. (Hasta con repugnancia.)
EUG. Bah, bah; ese enfado
no es justo.
FERN. ¡Me has engañado!
EUG. ¡Engañado? ¡Quién á quién?
FERN. ¡No me alces la voz!...
EUG. ¿Que no?
FERN. No, que tu víctima he sido.
EUG. ¡Quiá, no, chico! Tan perdido
eres tú como soy yo.
Quien puede llamarse á engaño
es otro por lo que es cuenta.
FERN. Te ofrecí darte la renta
y te he adelantado un año.
EUG. ¿Y el capital?
FERN. ¡Desconfias?
EUG. ¿Dónde está, que no parece?
FERN. En mi casa.
EUG. No me ofrece
ya tu casa garantias.
FERN. Ofrézcatelas ó no,
no paga mi hija el escote
de tus vicios con su dote,
mientras que le viva yo...
y excusa el hablarme mas
de si tengo ó si no tengo,
porque desde hoy te prevengo
que nada me sacarás.
EUG. No sé cómo tienes cara
para hacerme ni un reparo.
¿Por qué no me hablaste claro
antes de que me casara?
FERN. ¿Y tú?
EUG. Yo fuí mas sencillo.
Cuando aquí á pedirte vine
tu Emilia, ya te previne
que andaba algo atrasadillo.

ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO, puerta derecha.

PEDRO. ¿Don Fernando?
FERN. (Calla.) ¿Qué?
PEDRO. Que va llegando esa gente
y me parece prudente
que al despacho baje usté.
FERN. ¿Están todos?
PEDRO. No señor:
mas viéndolo á usted allí
no hablarán tanto entre sí,
y eso seria mejor.
FERN. Deje usté á un lado el empacho
y hable como si no hubiera
nadie aquí que nos oyera.
PEDRO. Pues baje usted al despacho.
FERN. Mas ¿qué pasa?
PEDRO. Lo que pasa,
y usted pronto tocará,
es que es muy público ya
el estado de la casa.
EUG. (¡Ay, ay, ay!)
PEDRO. Y hasta hay bribones
que en la Bolsa han propalado
que usté anoche se ha fugado
llevándose diez millones.
FERN. ¡Y eso de mí se creia!
EUG. Còmo te ven en un brete... (Con sorna.)
FERN. ¡Déjame en paz!
EUG. Bien. (Las siete.
(Consultando el reló.)
Tengo tiempo todavia.)
—¿Conque te puedo servir
en algo? Mira que yo
soy siempre el mismo.
FERN. (Sécamente.) ¡No!
EUG. ¿No?
Pues ya te veré. (¡Á vivir!) (Váse.)

ESCENA IV.

FERNANDO, D. PEDRO.

PEDRO. (¡Vaya un mozo!) Don Fernando,
siento molestar á usté;
pero le recuerdo que
esa gente está esperando.

FERN. Bien, bien; que esperen.

PEDRO. ¡Ya! pero
eso es agravar el mal.
Como viene cada cual
á retirar su dinero...

FERN. ¡Ah! ¿Conque es cosa resuelta
y que no admite acomodos,
y usted ya da, como todos,
la sociedad por disuelta?

PEDRO. Eso hoy dia, aunque muy triste,
para nadie es un secreto.
Careciendo ya de objeto,
la tal sociedad no existe.

FERN. ¿Sabe usted para qué fué
por mí y mis socios fundada?

PEDRO. Para hacer una barriada
en sus terrenos de usté.

FERN. Pues en pié está el compromiso.

PEDRO. Sí; pero se necesita
que el gobierno lo permita,
y este niega su permiso.

FERN. ¡Y mis socios, muy orondos,
vienen, llenos de derecho,
á deshacer lo que han hecho
y á retirarme sus fondos?
Diga usté. ¿Y si la barriada,
que ayer vimos fracasar,
de suerte, por un azar,
fuera mañana aprobada?

PEDRO. Gobiernan hoy hombres tales,
que aquello que mandan, dura.

FERN. ¡Bah, bah, bah! ¿y son por ventura
esos hombres inmortales?

Aquí no hay mas que inventar
medios prontos y seguros
de ponerlos en apuros
que no puedan dominar.
Si hundidos los llego á ver,
como que mis opiniones
sostienen cuantas fracciones,
subir pueden al poder,
y la que suba verá
que lo debe á mi energia,
la situacion será mia,
y mi barriada se hará.

PEDRO. Y agotará su vigor
en perpétua lucha fiera,
y ante un trastorno cualquiera
se hundirá usted.

FERN. ¡No señor!
Una vez con viento en popa
y cimientos verdaderos,
hecho uno de los primeros
capitalistas de Europa,
á estos cambios anormales
que hoy nos matan, pondré coto:
En tiempo no muy remoto
los pequeños capitales
que esterilizarse veo
y en la plaza no aparecen,
porque en España carecen
de un firme y seguro empleo,
por mí y por mis asociados
puestos en circulacion,
harán grande á la nacion
inundando sus mercados.
¿No vé usté en esta materia
hasta los mas grandes chicos?
El capital de los ricos
será siempre una miseria.
El oro que aquí se entierra,
porque darle empleo abruma,
ese sí, forma la suma
mayor que existe en la tierra.
Si mi plan no se enmaraña

y á luz logro ver sacado,
todo el que hoy duerme enterrado
en las aldeas de España,
si ya en mi mano reunido,
lo lanzo á grandes empresas,
á negociaciones de esas
que por sueños se han tenido,
los mil que en el extranjero
son hoy Cresos de boardillas
vendrán aquí de rodillas
á pedirme á mí dinero.

PEDRO. Sí, pero entre tanto ahí
esperando á usted están
los que mañana le harán
presentarse en quiebra.

FERN. ¡Á mí?

PEDRO. ¡En quiebra! (Frialdad.)

FERN. Está usted cruel!

PEDRO. En el caso á que ha llegado
no hay mas que un camino honrado,
y es firmar este papel. (Presentándoselo.)

FERN. ¿Qué papel? «Al tribunal (Despues de leer.)
de comercio.» ¿Yo á concurso
citar? ¡Me gusta el recurso!

PEDRO. Falta su firma al final.
(Sin oirlo y severamente.)
No se entregue usted á halagos
de ideas que miedo inspiran:
si esos fondos nos retiran
hay que suspender los pagos.

FERN. Pero... (Algo preocupado.)

PEDRO. Firme aquí: no hay pero:
pierda usted desde instante
el honor de comerciante
mas salve el de caballero.
Los apuros que hoy le oprimen
cual la mas pesada carga,
si esta situacion se alarga
pueden conducirle al crímen.
Hoy con un cuento inventado
algun pago aplazará:
mañana mano echará

de un depósito sagrado,
y si esto no toma en cuenta
hará al fin de la jornada
en vez de una quiebra honrada,
una quiebra fraudulenta.

FERN. Pero. .

PEDRO. Yo sé en qué me fundo.
Crea usté á un amigo fiel
y fírmeme este papel.

FERN. Mas ¡y el desprecio del mundo?

PEDRO. Su desprecio no aniquila
al que lo arrostra de lleno
con el ánimo sereno
de una conciencia tranquila.
Tenga usted la entera fé
de que en lances de esta especie
será el que le menosprecie
menos honrado que usté.

FERN. Pero es qué!...
(Abrumado por el peso de las palabras de D. Pedro.)

PEDRO. Son reglas fijas.
Nunca ante el desden me arredro.

FERN. Pero ¡y mis hijas, don Pedro?
don Pedro, ¡yo tengo hijas!

PEDRO. Tambien mi mala fortuna
una á quien querer me dió,
y mi mano aquí firmó
sin vacilacion ninguna.

FERN. ¡Condenar á la indigencia,
(Hablando consigo mismo, al par que con D. Pedro.)
mientras quede otro partido,
á esas niñas, que han crecido
entre el fausto y la opulencia?...
¡Á ellas que todo les sobra
verlas estrechez sufrir?...
¡No, no! prefiero seguir
adelante con mi obra!
(Estrechando la mano á D. Pedro. Revelacion íntima.)
—¡Años há que me aniquilo
luchando con cuerpo y alma
sin un instante de calma,
sin dormir nunca tranquilo!

¡Años há que me despierta
la zozobra que padezco,
años há que me estremezco
cuando llaman á mi puerta!
¡Pero ellas, que siempre han sido
mi santo y único númen,
ellas, que no lo presumen,
han gozado y han vivido!
(Con el placer de la recompensa.)

PEDRO. Vivir no es tener sortijas,
(Rechazando la idea enérgicamente.)
ni trenes, ni gran tocado.

FERN. ¿Qué es, pues, vivir?
(D. Pedro habla ya de igual á igual.)

PEDRO. Ser honrado.

FERN. ¡Mi honradez está en mis hijas!
¿Ceder en el dia mismo
en que para mas querellas
he sabido que una de ellas
está al borde de un abismo?...
(Ha vuelto á ser el de siempre.)
Yo soy padre de familia
antes que hombre y que banquero,
y aquí mi deber primero
es ser rico para Emilia.
(Con remordimiento por haber vacilado.)
Selle usted, pues, esa boca
que mi conducta maldice:
(Dándose grima.)
¡todo lo que usted me dice
me empequeñece y me apoca!

PEDRO. (Aturdido.)
¿Y qué piensa usted hacer?

FERN. De un plan cualquiera... el cimiento
está en salir del momento,
(Hablando y como pensando al propio tiempo en otra cosa.)
dilatando el disolver
la sociedad. Si pudiera
conseguir que se calmaran
y sus fondos me dejaran
hasta fin de mes siquiera!

PEDRO. ¡Pero es que antes vencerán
muchas letras!
(Las observaciones de D. Pedro le molestan é irritan.)
FERN. Ya lo creo.
Para pagarlas deseo
que los dejen, ¡y lo harán!
PEDRO. (Suplicante.)
No piense tal despropósito.
FERN. ¡Como ellos á esto se avengan!...
PEDRO. ¿Mas qué hará usted cuando vengan
á reclamarle el depósito?
¿No es mejor con quinto y tercio
que ir como reo á un juzgado,
caminar como hombre honrado
al tribunal de comercio?
FERN. Es que antes de fin de mes
si esa gente se me ablanda,
(Con completa conviccion y tranquilidad.)
otro gobierno nos manda
que obra de mis manos es,
y con dos disposiciones
sobre mi barrio que salen,
mis pobres terrones valen
treinta ó cuarenta millones.
PEDRO. Santo y bueno; ¿pero y si
contra lo que usted procura,
el gobierno se asegura?
FERN. ¡Por quién me tiene usté á mí?
Esto á conseguirlo vengo,
por mas difícil que sea,
conque me ocurra una idea
de esas mil que siempre tengo.
PEDRO. Mas...
FERN. ¡Ya está!
(Saca el libro de memorias y escribe rápidamente.)
PEDRO. (Temblando.) (¡Algun exabrupto
que su honra pondrá en un tris!)
FERN. Este despacho á París.
(Entregándole la hoja que ha arrancado de la cartera.)
PEDRO. «Mandar vestido de luto.» (Leyendo.)
En la cifra peculiar (Atónito.)

de la casa, así se llama
á un despacho ó telegráma
que haga la Bolsa bajar.

FERN. ¡Claro! Y nuestro agente allí,
que lo sabe como usté,
me lo expide al punto.

PEDRO. ¿Y qué?

FERN. Que mañana estará aquí.

PEDRO. ¿Y usté en eso qué aventaja?

FERN. Esparcido con cuidado, (Viéndolo ya hecho.)
mañana se abre el mercado
con tendencias á la baja.
Mi agente empieza á ofrecer
á todo bicho viviente
para fines del corriente
á un uno menos que ayer;
usted de mi agente en pos
se lanza como una flecha,
vendiendo á la misma fecha
con pérdida ya de un dos.
Cunde el pánico entre tanto;
comienzan las conjeturas,
y se dan como seguras
nuevas que causan espanto.
Cuando todos con ahinco
se pregunten, yo aparezco,
y á cuantos encuentre ofrezco
con baja de cuatro ó cinco.
Siguiendo así erre que erre
no hay *alcista* que no ceda:
el crédito hundido queda
cuando la Bolsa se cierre...
y ante esto salta á la vista
de un modo claro y tangible,
que no hay situacion posible
ni gobierno que resista.

PEDRO. ¡Jesus! (Abrumado.)

FERN. ¿No lo está usted viendo? (Satisfecho.)

PEDRO. ¡Pero eso es querer matarse!

FERN. ¡Esto, don Pedro, es ahogarse
y encontrar un clavo ardiendo!
(Quiere hablar D. Pedro.)

Sé que las operaciones
que voy mañana á emprender,
á mi casa harán perder
veinte ó veinte y dos millones;
pero quién con nada cuenta
y hundiendo la situacion
puede aspirar con razon
á reunir treinta ó cuarenta,
no se pára á calcular
qué le cuesta lo que entabla;
¡vé solo ante sí una tabla
y á ella se quiere agarrar!

PEDRO. ¡Pero eso es al crímen ir!
¿Su conciencia está ya muerta?

FERN. ¡Cuando no hay mas que una puerta
por esa es fuerza salir!

PEDRO. Mire usted antes...

ESCENA V.

DICHOS, SOFIA, puerta izquierda.

SOFIA. ¿Fernando?...

FERN. ¿Qué? (Volviéndose con sobresalto.)

SOFIA. Quiero en vano hace dias
decirte... (Fernando muy contrariado.)

FERN. (Separándose de ella.) ¡Sí, tonterias!
Me están abajo esperando.

PEDRO. (Firme usted. (Mostrándole el papel.)

FERN. ¿Qué he de firmar?)

SOFIA. Pero oye. (Tras él.)

FERN. ¡Déjame!
(Rechazándola de mala manera.)

SOFIA. (Dejándose caer en una butaca.) ¡Oh!

PEDRO. (Nada logrará.
(Á Fernando, que se dirige á la puerta derecha.)

FERN. ¡Que no?
(Volviéndose rápidamente y con cierta intencion.)
¡Como me dejen hablar!!...)
(Váse, despues de decir á D. Pedro con sus gestos que se tranquilice. El talento del actor hará comprender al público con la accion y con el juego de su fisonomia, la intencion del verso anterior.)

ESCENA VI.

SOFIA, D. PEDRO.

SOFIA. ¡Tratarme de esta manera
(Para sí. D. Pedro permanece inmóvil, mirando con lástima hácia la puerta por donde desapareció Fernando.)
él! ¡y delante de gente!
—¿Qué es esto, señor don Pedro?
(Levantándose.)

PEDRO. Preocupado como suele
y teniendo en la cabeza
mil negocios diferentes...

SOFIA. ¡Oh! no, no, no! Usted me engaña!
(Mucha agitacion.)
En esta casa sucede (Con cierta rapidez.)
algo muy extraordinario
que nadie decirme quiere;
pero que presiento y toco.
Fernando tan dulce siempre,
áspero y duro conmigo
huye mi vista: la gente
—que há poco nos asediaba,—
hoy se diria que teme
tropezar con un contagio
si pasa nuestros dinteles.
En tanto, en las oficinas
crece el movimiento, y crece
el salir y entrar de un modo,
que algo en sí de febril tiene...
y ya no se nota en ellas
el silencio consiguiente
á ese trabajo uniforme
que tranquilo se sucede.
(Con creciente agitacion.)
Mis criados cuchichean
larga y misteriosamente,
y creo ver en sus rostros,
cuando á mi voz obedecen,
que mas que el respeto antiguo

la lástima á ello les mueve.
En fin, cuanto me rodea,
—sin cambio que claro aprecie,—
á mis ojos va tomando
aspecto tan diferente,
que hasta la atmósfera misma
de esta casa, ayer tan ténue,
hoy cargada y sofocante
pesar sobre mí parece.

PEDRO. Eso es lo que yo queria,
(Con rapidez y conmovido, al comprender el estado de Sofia.)
ahorrar á usted.—Si imprudente
con mis consejos he herido
su altivez algunas veces,
eso evitar pretendia.
Porque cuando, ya sin bienes
y viejo y solo en el mundo,
hallé en esta casa gentes
que la mano me tendian
apiadadas de mi suerte...
¡en el fondo de mi alma
comencé ya á no creerme
tan solo, pues que sentia
amor de padre hácia ustedes!

SOFIA. (Con afan suplicante. Rapidez.)
Ese es el que necesito:
ese es el solo que puede
romper las densas tinieblas
que mi espíritu oscurecen.
Don Pedro, á los grandes males
(Con ansiedad.)
que con silencio elocuente
todo aquí me pronostica,
¡uno que á mí me concierne
hay que agregar, que sin calma
y hasta sin sueño me tiene!

PEDRO. ¡Cómo? (Rapidez.)

SOFIA. En balde hace tres dias
quiero, por mas que me cueste,
confesar á mi marido
el trance en que llego á verme.

Siempre brusco como ahora
de sí airado me repele,
y hace que espire en mis labios
la confesion que iba á hacerle.
—Si busco en mis pobres hijas
algo que aliento me preste,
solo encuentro nuevos males
que mas que el mio me duelen.
¡Ay, don Pedro! Mi Consuelo
tan risueña y tan alegre,
es hoy siempre un mar de lágrimas
que en vano ocultar pretende.
No puedo dar por la casa
un paso sin que la encuentre
en algun rincon llorando.
Desde que claro comprende
que á Luis hemos despedido,
y que es inútil que sueñe
en una boda, que juzgan
desigual é inconveniente
sus padres, la enfermedad,
de que hace tiempo adolece,
se agrava, sin que haya médico
que á parar su curso acierte.

PEDRO. ¡Pobre niña! Pero Emilia
casada á gusto de ustedes...

SOFIA. ¡Harto sufre ya la pobre
para que yo se lo aumente!
¡Qué boda, señor don Pedro!
¡Qué locura tan solemne!
Ella, á ver acostumbrada
á su padre desviviéndose
siempre por mí y por sus hijas,
se ve unida de repente
á un hombre que el dia pasa
lejos de ella en los placeres,
y que solo vió en la boda
una cuestion de intereses.

PEDRO. ¡Lo adivinaba!

SOFIA. Pues bien;
mientras que así ellas padecen,
mientras que á Fernando amaga

no sé qué riesgo inminente,
apuros nunca sufridos,
sonrojos de toda especie,
mi atencion roban entera
y fuera de mí me tienen.

PEDRO. Explíquese usted, señora.

SOFIA. Oígame usted y aconséjeme.
—Yo tengo deudas, don Pedro.—
Por mas que Fernando aumente
cada vez mas la gran suma
que me da todos los meses,
las necesidades nuevas
de un lujo siempre creciente,
ni aun con este aumento logran
nunca satisfechas verse.
Retroceder ante gastos
que sin temor acometen
todos los de nuestra clase,
equivale á oscurecerse,
y el porvenir de mis hijas,
mi único anhelo vehemente,
se oponia á todo aquello
que fausto y brillo no fuese.

PEDRO. Lo mismo creí yo un dia.
(Rapidez. Muy conmovido.)

SOFIA. Ya lanzada en la pendiente,
no era la boda de Emilia
ocasion de detenerme.
Avezada á ir engañando
á mi esposo, ver haciéndole
que en diez adquirido habia
lo que me costaba veinte,
un régio equipo de novia
quise que mi hija luciese,
y si mucho mi marido
me dió para complacerme,
mas gasté yo, que creia
pagarlo insensiblemente.

PEDRO. Y ahora esos frívolos goces,
—si goces llamarse pueden,—
la ponen á usté en apuros
que la abruman y enloquecen,

¡Conozco bien esa historia!
Ahora, los que ayer corteses
sus géneros le ofrecian
á pagar cuando quisiere,
piden, exigen, acosan,
se muestran intransigentes,
no quieren mas que dinero,
y hasta amenazan y ofenden.
Sé esa historia, y es inútil
que en contármela se esfuerce.

SOFIA. Sí, sí: desde hace tres dias
no he logrado que me dejen
tranquila ni un solo instante.
En términos insolentes
uno me habla de justicia,
otro de ir al punto á verse
con Fernando, aquel me intima
que dentro de un plazo breve
hará pública mi deuda...
y cuando en trance tan fuerte
conozco que á mi marido
mi falta es bien que confiese,
ni aun consigo que me escuche.

PEDRO. Será en balde que revele
á don Fernando un estado
al que hoy no puede hacer frente.

SOFIA. ¡No importa! Aun me resta un medio
si usté á ayudarme se ofrece.

PEDRO. Hable usted.

(Crece el movimiento y la ansiedad.)

SOFIA. Yo tengo joyas,
mias exclusivamente,
y de gran valor, que uno
de mis nobles ascendientes
ganó en lejanas conquistas.
Mi padre, á quien mil reveses
de fortuna empobrecieron,
pero que orgullosamente
la dignidad sostenia
de una casa, que iba hundiéndose
bajo el peso de su escudo,
no pudiendo darme bienes

al casarme, de esas joyas
me hizo donacion solemne.

PEDRO. (Rápidamente.)
¿Y quiere usted que las venda
y así pagar lo que debe?

SOFIA. (Id.) En un estuche de sándalo
las hallará usté en el mueble
de bronce, que á la derecha
está allí en mi gabinete.
Esta es la llave, don Pedro.
Si es cierto que usted nos quiere,
no repare en que Fernando
lo ignora, y cómplice de este
piadoso engaño, de apuros
y de sonrojos libérteme!

PEDRO. ¡Sí! Para pagar, señora,
(Tomando la llave.)
y portarse honradamente (Conmovido.)
cuente usted siempre conmigo.
No hay alhaja que yo aprecie
en mas que la paz del ánimo,
que con las deudas se pierde.

SOFIA. Sé que aquí no hay diamantista (Rapidez.)
que con mis joyas se quede
por el dineral que valen.
Délas si preciso fuere
por la mitad, por un tercio;
conque á aprontar á usted lleguen
la décima parte solo
de su valor, hay con creces
para pagar cuanto debo.

PEDRO. Si valen lo que usted cree,
(Animándose por momentos.)
aun abrigo la esperanza
de que otros males remedien.
—Hácia el final de esta calle
se esconde, como quien teme,
una humilde platería
que de padres á hijos viene,
y cuyos dueños, chapados
á la antigua, aun hoy se atienen
al refran de que el buen paño

dentro del arca se vende.
Como está tal como estaba
en el siglo diez y siete,
sin ese lujo que atrae
¡y que el comprador sostiene!
ni usté en ella ha penetrado
ni es fácil que supusiese
que hay en su interior tesoros,
y que el que ve usted perenne
tras el mostrador, las onzas,
como quien dice, apalee.
Pues á ese humilde platero,
cuya honradez me es patente,
porque en tiempos fué mi amigo,
voy á que me las aprecie,
y ese va á darme en el acto,
aunque á millones se eleve,
su justo precio. ¡Esperanza!

SOFIA. ¡Fernando! Que no se entere!
(Indica á D. Pedro que se marche y lo acompaña hasta la puerta del foro, llena de viva inquietud. Al desaparecer D. Pedro, aparece Fernando en el umbral de la puerta de la derecha, pálido y demudado. Al ver á Sofia se estremece y vacila. Sofia al volverse y encontrarse cara á cara con Fernando, tiembla como el reo ante el juez. Los dos están en análoga situacion y se temen mútuamente.)

ESCENA VII.

FERNANDO, SOFIA.

FERN. (¡Sofia aun aquí!!)
(Trata de ocultar un estuche que trae en la mano.)

SOFIA. ¿Fernando?...
(Sin mirarle á la cara.)

FERN. Tengo que hablarte un instante.
(Despues de una ligera pausa.)

SOFIA. Habla... ¡pero ese semblante!...
(Acercándosele un poco.)
¿Qué sucede? ¡Estás temblando!

FERN. ¿Nos puede Consuelo oir?

(Despues de mirar á todas partes con temor.)

SOFIA. No ha vuelto. (Muy recelosa.)

(Sin que lo note Sofía, coloca sobre el velador el estuche despues de pasárselo de una mano á otra.)

FERN. (¡Pobre hija mia!)

SOFIA. (Sospechará...) (Casi sin aliento.)

FERN. (Estrechándole las manos.) Oye, Sofía.

SOFIA. (Si ha podido presumir...) (Temblorosa.)

FERN. Hay engaños que creemos
piadosos y que arrostramos
porque con ellos pensamos
dar dicha á los que queremos.
Engaños, que con nacer
de tal causa, un dia oprimen
(Sofía deja caer la cabeza sobre el pecho.)
y nos parecen un crímen,
¡y hasta lo llegan á ser!
(Con reconcentrado dolor y mucha energia.)

SOFIA. (¡Me ha oido!) Dios me es testigo...

FERN. No te asuste mi energia. (Dulcificando el tono.)
Te estoy hablando, Sofía,
como hablo á solas conmigo.
(Preparando cada cual su revelacion, necesaria ya.)

SOFIA. Nos debemos revelar
cuanto encierre nuestro pecho.

FERN. ¡Tal vez el no haberlo hecho
nos dé mucho que llorar!

SOFIA. Pues cuéstenos llanto ó no
nunca el secreto mas leve
mediar entre tú y yo debe.

FERN. ¡Yo los tengo!

SOFIA. ¡Tambien yo!

FERN. De todo apuro la clave
de los que amamos se guarda.
(Rapidez en la entrada del diálogo.)

SOFIA. Sí; y así se les retarda,
¡mas se hace luego mas grave!

FERN. Cierto: al cabo no hay mas medio
que revelar el engaño.

SOFIA. Mas lo hacemos cuando el daño (Rapidez.)
tal vez no tiene remedio.
(Mucha agitacion en los dos.)

FERN. Siempre abrigando esperanzas
de una cercana mejora,
llegar se evita á la hora
de las mútuas confianzas.
SOFIA. Y por no oir una queja...
FERN. Por no aguar una alegria...
SOFIA. Lo que hoy decirse debia...
FERN. ¡Para mañana se deja! (Con desesperacion.)
SOFIA. Pues esos mañanas son
(Creyendo cada cual bastante preparado al otro.)
los que huir es menester.
FERN. ¡Esos! ya es fuerza poner
término á esta situacion.
SOFIA. Sí, que si el secreto pasa
á alguien que no es quien lo abriga...
FERN. Quizá un extraño nos diga
lo que ocurre en nuestra casa!
SOFIA. No, no.
FERN. En los casos siniestros
hay que evitar ese horror,
porque el mal siempre es menor
en la boca de los nuestros.
SOFIA. Por eso no hay que perder
estos preciosos instantes.
FERN. ¿Por qué no te he hablado antes!
SOFIA. ¿Por qué no me oiste ayer!
FERN. Porque callando creí
que el mal quedára en amago,
porque no sé lo que hago,
¡porque estoy fuera de mí!
SOFIA. Perdon, Fernando, perdon:
aunque mi falta contemplo,
discúlpanmela el ejemplo,
el cariño, la ocasion.
Todos mas de lo que tienen
gastan hoy; solo seducen
las que ricos trajes lucen
y un tren brillante sostienen.
Piensa que si merecí
que esos cargos me dirijas,
lo he hecho todo por mis hijas,
¡nada, Fernando, por mí!

FERN. ¿Perdon? Si tú has figurado
(Sin comprender bien á Sofia.)
en el puesto á que has subido,
yo solo el culpable he sido
porque los medios te he dado.
Yo te he debido decir
aun antes que fueras mia,
qué recursos poseia,
qué medios de subsistir.
Yo claro he debido hablar,
y aun hoy que es fuerza, no atino...
¡alláname tú el camino,
que no sé cómo empezar!

SOFIA. No así me busques defensas
ni mis culpas aminores,
que esas culpas son mayores
de lo que al hacerlo piensas.

FERN. Hay en mi vista una nube
que hasta me impide mirarte.
No te entiendo: quiero hablarte
¡y no puedo! ¡yo que tuve
(Con desesperacion.)
para la mentira tanta
facundia y facilidad!
(Con desprecio de sí mismo.)

SOFIA. ¡Dí la verdad! (Rapidez.)

FERN. La verdad...
¡se me anuda en la garganta!!

SOFIA. Acúsame sin temor.
Dí que no solo he gastado
cuanto pródigo me has dado,
sino que ardiendo al calor
de esa fiebre de brillar
que todos aquí han sentido,
mil deudas he contraido.
(Movimiento de Fernando. D. Pedro aparece en la puerta del foro: al ver á D. Fernando, coloca el estuche de sándalo sobre el mueble mas inmediato á la puerta y permanece inmóvil sin saber qué partido tomar. Sofia continúa sin dejar hablar á Fernando al notar el efecto que le hacen sus palabras.)
Para poderlas pagar

y término así poner
á mi constante vigilia,
mis alhajas de familia
ha ido don Pedro á vender.

FERN. ¡Tus alhajas!
(Concibiendo una esperanza y animándose por momentos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. PEDRO.

SOFIA. ¡Aquí está!
(Viendo á D. Pedro, y yendo hácia él con gran ansiedad.)
¿Don Pedro!...

FERN. (Cambio completo.) ¡Ah!... ¡me ha salvado!
—Los fondos me han retirado; (Á D. Pedro.)
pero nada importa ya.

SOFIA. ¡Fernando! (Al ver su transformacion.)

FERN. ¡Qué bien me has hecho!
(Á Sofia con expansion.)
¡qué bien me has hecho, alma mia!
(Yendo del uno al otro.)
—¡Vamos, don Pedro, alegria:
ensanche usted ese pecho!
—Tenia aquí una culebra
enroscada que me ahogaba...
¡y era que no me quedaba
mas recurso que la quiebra!

SOFIA. ¿Quebrar tú!...
(La movilidad y expansion de Fernando debe contrastar con el abatimiento de D. Pedro, que permanece inmóvil.)

FERN. No, si me apoyas
prestándome tus diamantes.
(Gran extrañeza.)
—¡Cómo no he pensado antes
que guardabas esas joyas!

PEDRO. Es que... (Impaciente.)

FERN. (Á D. Pedro.) Dinero teniendo
conque, sin angustias fieras,

recojamos las primeras
letras que vayan venciendo,
la duda que hay contra mí
como el humo se deshace (Mucha movilidad.)
y mi crédito renace
y vuelvo á ser el que fuí.

SOFIA. Mas...

FERN. (Á D. Pedro.) Con un fondo tal cual
que tomar me deje aliento...
—¡Ah! vístete en un momento
(Á Sofia rápidamente.)
que vas conmigo al Real.

SOFIA y PEDRO. ¿Cómo?
(Fernando habla como embriagado con su triunfo, que vé seguro.)

FERN. Hoy, los que lo desean,
dicen que intento fugarme,
y es necesario mostrarme
en mi palco y que me vean...
¡y un mentís dar al zopenco
que ya cose mi mortaja
arrojando alguna alhaja
á la Patti ó á la Penco!
(Fernando ha quedado en el centro, D. Pedro á la derecha y Sofia á la izquierda.)

PEDRO. Vuelva usté á la realidad (Suplicante.)
que es de bien negro color.
¡Un error trae otro error! (Con solemnidad.)

FERN. ¡Qué dice usted?
(Muy entusiasmado y rechazando la idea.)

PEDRO. ¿No es verdad
que usted por lograr un dia
la mano de la que amaba (Sequedad.)
un caudal aparentaba
que en realidad no tenia?

FERN. ¡Sí...
(La solemnidad de D. Pedro le impone y confunde.)

PEDRO. ¿No es verdad que engañó
de ese modo á un noble anciano,
y que de su hija la mano
con su engaño consiguió?

FERN. Sí.

(El asombro y extrañeza de Fernando, al oir á D. Pedro, se aumenta por momentos.)

PEDRO. Pues el padre á su vez,
presa de un error vulgar,
creyó deberlo engañar
por no abatir su altivez

SOFIA. ¡Fernando, qué estoy oyendo!
(Mucha rapidez.)

FERN. ¡Temí perderte, hija mia!
(Disculpando su error.)

PEDRO. El señor duque venia
años y años sosteniendo
un rango que en pugna estaba
con lo pobre de su estado.
¿Nunca usted se ha pregundo
dónde recursos hallaba?

SOFIA. ¿Dónde? (Con gran ansiedad y temor.)

PEDRO. El humilde platero,
con quien de hablar vengo ahora,
fué muchos años, señora,
su confidente y cajero.
Cada mes, siempre intranquilo,
su padre de usté anhelante,
iba á venderle un diamante
con gran misterio y sigilo.
Cierto dia, mas inquieto
y con mucha mas zozobra,
llegó á encargarle una obra,
por Dios pidiendo el secreto....
y aun recuerda que ese dia
le dijo llorando ya:
«¿Por qué pobre no será (Conmovido.)
el novio de mi Sofia?»

SOFIA. ¡Ay, Fernando!... (Con dulce reconvencion.)

FERN. ¡Qué hice yo!
(Cayendo abrumado en una butaca al comprender todo lo inútil de su sacrificio.)

PEDRO. Á poco la córte toda
en unas vistas de boda
unas joyas envidió.

SOFIA. Conque esas piedras...

PEDRO. Talladas

con gran arte, oscurecieron
á las que años antes fueron
por el duque desmontadas.

FERN. ¡Son falsas!!

(Entre Fernando y D. Pedro está el velador y sobre él el quinqué.)

PEDRO. Sí.

SOFIA. ¡Y pude estar
con tanto orgullo llevando!!!

(Mirándose con repugnancia y desprecio de sí misma.)

¡Qué vergüenza!

(Dejándose caer en la butaca de la izquierda.)

FERN. ¡Ah!... (Apenas perceptible.)

PEDRO. ¡Don Fernando!

(Mucha energía. Poca voz. Fernando abre rápidamente el estuche que colocó al empezar la escena sobre el velador, y saca una pistola. D. Pedro se lanza á él y le coge la accion. Fernando le dice casi con el aliento: «¿Qué puedo ya hacer?» y D. Pedro le contesta con serenidad: «¡Firmar!» Al oir Fernando la voz de Luis, se extremece y deja en manos de D. Pedro la pistola, que este guarda.)

FERN. ¿Qué puedo ya hacer! (Que no sea esto.)

PEDRO. ¡Firmar!

(Los dos tienen cogida el arma.)

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS, EMILIA.

Emilia permanece en el foro cubierta con la mantilla.

LUIS. ¿Don Fernando?...

FERN. (¡Luis aquí!)

(Abriendo la mano y dejando la pistola.)

LUIS. Un triste deber me obliga (Bajando.)
á entrar en la casa amiga
que no pisar le ofrecí.

FERN. ¿Qué sucede?

(Sofia permanece en su butaca, sin haber notado nada de lo que pasa en la escena, ocultando la cara entre sus manos.)

LUIS. Un gran pesar.
FERN. ¡Pero acabe usted! ¿Qué pasa?
¡El luto que hay en mi casa
ya no se puede aumentar!
LUIS. ¿Es decir que sabe usté
que Eugenio está procesado,
y que contra él se ha dictado
auto de prision!
FERN. ¡Qué?
SOFIA. ¡Qué?
(Corriendo hácia Luis fuera de sí, no creyendo lo que oye.)
LUIS. ¡Señora!...
(Pesaroso de haberlo dicho, por no haberla visto antes.)
FERN. ¡Hable usted por Dios!
LUIS. ¿Delante de?... (Señalando á Sofia.)
SOFIA. ¡Por piedad!
LUIS. Recordando la amistad
(Á su pesar y como buscando las palabras.)
que nos ha unido á los dos,
y no pudiendo ofrecerle
otro alivio en sus enojos,
para evitarle sonrojos
he ido yo mismo á prenderle.
FERN. Pero...
LUIS. Á su casa llegué,
que muda estaba y abierta,
y desde la misma puerta
un nuevo horror columbré.
Entro, y lleno de recelo
miro cajones forzados
y objetos desordenados
esparcidos por el suelo.
Cruzo cien piezas en vano,
y al fin, en una apartada,
hallo á Emilia desmayada
con esta carta en la mano.
(Fernando la toma rápidamente.)
FERN. «Huyo... calma y sangre fria...
me llevo tus joyas...» ¡Ah!
(Pasando la vista por la carta, lleno de viva inquie-

tud, y leyendo solo en voz alta estas palabras tomadas de aquí y de allí.)

SOFIA. Pero Emilia... ¿dónde está!

EMILIA. ¡Madre!

(Arrojándose en los brazos de su madre, que corre hácia ella al oirla.)

SOFIA. ¡Hija mia!

(Cayendo desplomado en la butaca y con voz ronca.)

FERN. ¡Hija mia!
¡Y al insensato deseo
que me dá este resultado
todo lo he sacrificado!
¡Qué tarde! ¡qué tarde veo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CONSUELO.

CONS. ¡Papá! (Dentro.)

LUIS. ¡Consuelo!

(Sobrecogiéndose al oirla; desea y teme verla. Se retira al fondo derecha.)

CONS. Ay, papá, (Muy conmovida.)
¡qué delicia es hacer bien!

(Consuelo al salir se dirige á su padre sin reparar en Luis; tampoco ve á Emilia y su madre que permanecen á la izquierda, abrumadas con su dolor.)

PEDRO. ¡Llora usted? (Con sobresalto.)

FERN. ¡Ella tambien!

(Con temor: casi sin voz.)

CONS. ¡Esto no es llanto! (Esforzándose por reir.)

FERN. ¡Habla ya! (Ansiedad.)

CONS. Por un anuncio atraida
(Con rapidez.)
que hace dias he leido,
á dar socorros he ido
á una gente desvalida.
No extrañes que venga séria
aunque un gran goce he encontrado;
¡yo nunca habia pensado
lo horrible que es la miseria!

FERN. ¡Oh! (Horriblemente impresionado.)

CONS. Tu proteccion invoco

para estos pobres.

FERN. ¡La mia!!

(Con la mas honda amargura.)

CONS. Les dejo cuanto tenia;
¡pero una onza es tan poco!

PEDRO. ¡Dios se lo pagará á usté!

(Muy commovido y destacándolo mucho)

CONS. Es una familia que antes (Á D. Pedro.)
ocupó puestos brillantes
y hoy sin recursos se ve.
Tú al padre conocerás, (Á su padre.)
porque en la Bolsa há unos meses
el monarca de los treses
le llamaban los demás.

PEDRO. Y hoy?...

(Con ansiedad, viendo el efecto que produce en D. Fernando, y esperando que se resuelva á quebrar.)

CONS. Hoy preso el mal aumenta
que á los suyos ha buscado,
tras de haberlos deshonrado
con su quiebra fraudulenta.

PEDRO. (¡Preso!...

(Casi al oido de Fernando y presentándole la pluma.)

FERN. ¡Ah!...) (Firmando rápidamente.)

CONS. ¡Si vieran ustedes

(Sin apercibirse de lo que pasa entre su padre y D. Pedro.)

cuánto el orgullo se humilla
dentro de aquella bohardilla
sin mas que cuatro paredes!
La pobre señora, enferma,
cosiendo el dia se pasa,
sin que haya en su triste casa
cama en que descanse ó duerma.
Sus tres niños, tan bonitos,
sin comprender tanto duelo,
juegan sobre el duro suelo
descalzos y desnuditos;
y al ver el pueril afan
conque rien, ella llora,
que siente venir la hora
en que de hambre llorarán.

—¡Á suerte tan desdichada
es preferible la muerte!

FERN. (*Levantándose.*)
¡Pues, hijas, esa es la suerte
que yo os tengo reservada!!
(*Explosion, rompiendo á llorar, lleno de indignacion contra sí mismo. Es el momento supremo para este hombre. Sofia y Emilia, que habian permanecido retiradas al fondo izquierda, dan algunos pasos hácia él, que corre á su encuentro. Estúdiese mucho este momento por los actores.*)

CONS. ¡Padre!

FERN. ¡He quebrado!
(*Señalando al papel que tiene en la mano D. Pedro. Las lágrimas no le dejan hablar.*)

CONS. ¡Tú!

FERN. (*Á Consuelo, llorando.*) Ven;
ven, Emilia; ven, Sofia.
(*Agrupándolas.*)
Yo que de vosotras guia
(*Casi sin poder hablar por las lágrimas.*)
ser he debido y sosten,
de orgullo insensato lleno,
sordo del bien á las voces,
por daros frívolos goces
¡á la miseria os condeno!

SOFIA. ¡Y tu honor?...

PEDRO. (*Muy conmovido y con voz débil.*) Está salvado.
Cuanto usted y él deben hoy,
de pagar seguro estoy
cuando se haya liquidado.

EMILIA. ¿Y nada nos queda! (*Rápido.*)

FERN. Nada.

EMILIA. ¡Oh! ¡y Eugenio lo sabia!
(*Comprendiéndolo todo.*)

FERN. Sí, sí.

SOFIA. ¡Por eso, hija mia,
(*Desgarradora amargura.*)
te ha dejado abandonada!

CONS. ¡Él!
(*Luis se adelanta lentamente, y ya en medio de ellos con voz conmovida y con cierta timidez, cuidando no

herir ni humillar á los humillados, dirige las siguientes palabras á Fernando. La expresion de Consuelo al verlo en aquel momento, la actriz debo adivinarla, porque seria difícil explicarla aquí.)

LUIS. Y ahora que cesó
la causa ante que cejé,
ahora que su hija de usté
es tan pobre como yo,
y que mi constante anhelo
siento como nunca vivo,
¿encontrará usted motivo
para negarme á Consuelo?

CONS. ¡Luis!

LUIS. La dicha de los dos (Rápido.)
pende toda de este enlace.

FERN. ¡Oh!...
(Estrechando las manos de Luis y no atreviéndose á mirarlo de vergüenza.)

PEDRO. ¡Deje usted que le abrace!
(Loco de alegria al ver el rasgo de Luis.)

CONS. ¡Ya me lo ha pagado Dios!
(Á D. Pedro radiante de placer.)

LUIS. El que ventura tan alta (Á Fernando.)
como esta dar ha podido
(Señalando á Consuelo.)
no debe estar abatido.
¡Ánimo! ¡Dios nunca falta!

FERN. Pero ¿y Sofia? ¿y Emilia?
(Lloroso, con la voz empañada.)

LUIS. Yo... (No se atreve á continuar.)

FERN. ¿Qué va de ellas á ser?

LUIS. Consuelo puede ofrecer
un hogar á su familia.

FERN., SOFIA y EMILIA. ¡Luis, Luis!

LUIS. ¿Á qué esos extremos
inútiles y prolijos?
¡Si somos de ustedes hijos
suyo es ya cuanto tenemos!

FERN. No.

LUIS. Ruégale tú que acceda. (Á Consuelo.)

SOFIA. ¡No haga usted su vida amarga
sobre sí echando una carga
con la que acaso no pueda.

FERN. Eso es correr al abismo
de que usté á salvarme viene.
(Cogiendo la mano á Luis.)
¡Quien gasta lo que no tiene
se hace esclavo por sí mismo!
(Muy conmovido.)

LUIS. Fuerza es que usted se resuelva
sin darse tanto tormento.
Tengo ya mi nombramiento
de gobernador de Huelva.
Allí, como nadie trata
de lucir ni de brillar,
y no hay á quien eclipsar,
la vida cuesta barata,
y podemos ir pasando
con mi sueldo y lo que renta
un monte que por mi cuenta
ha tiempo estoy roturando.

FERN. ¡Tiene... usted un monte?
(Empieza á acariciar una idea.)

LUIS. Sí.

FERN. De alguna extension ¿verdad?

LUIS. Inmenso. La propiedad
(Sonriéndose con naturalidad.)
vale poca cosa allí.

FERN. Ya valdrá. (Cambio completo.)

LUIS. ¡Oh!... En Ayamonte
no espero...

FERN. ¿No hay cerca un rio?

LUIS. El Guadiana.

FERN. ¡Sí?
(Muy satisfecho, con la idea que empieza á acariciar.)

SOFIA. (¡Ay, Dios mio!)

FERN. Pues nos vamos. (Resueltamente.)

PEDRO. (¡Pobre monte!)

FERN. ¡Nos vamos! Con capitales
y un par de ingenieros buenos...
ya verá usted sus terrenos
cruzados por cien canales...

PEDRO. ¿Más dónde están los millones?...
(Interrumpiéndole fuera de sí.)

FERN. ¡Vaya una dificultad! (Mucho aplomo.)
Formando una sociedad
agrícola por acciones...

EMILIA. Justo.
(Que ha ido animándose al oir á su padre.)

FERN. Vendrán en tropel
las gentes de ellas en pos.

CONS. ¡Ay, no conviertas, por Dios,
(Con candoroso temor.)
el pobre monte en papel!

FERN. En oro lo trocarán
(Con la mas íntima conviccion y dirigiéndose á todos.)
los adelantos del dia.
¡Si aquí aramos todavia
con el arado de Adan!
(Con cómica exageracion.)
¡Si aquí ignoran los tesoros
que la maquinaria encierra
y no se abona la tierra
por abonarse á los toros!
¡Si aquí en España, entre tanto
que hay sequia, el pueblo impio
en vez de sangrar un rio
saca en procesion un santo!!
(D. Pedro ciego de ira al oirlo y olvidándose de todo al creerlo lanzado, en efecto, á nuevas empresas, se dirige á él con voz entera y enérgica.)

PEDRO. Pero esos que holgando gimen
y esperan con necio anhelo
que el pan les llueva del cielo,
nunca cometen el crímen
de aquel que trueca el mas alto
comercio en juego de azar,
(Mostrándole la hoja de papel, borrador del telégrama.)
pensando solo en tomar
la fortuna por asalto.
¡Embusteros traficantes,
falsarios de profesion,

esos jugadores, son
gitanos, no comerciantes!! (Con arrebato.)

FERN. ¡Don Pedro!!
(Grito de ira y cogiendo un mueble. D. Pedro se queda inmóvil en actitud humilde.)

LUIS. (Energia pasiva.) Sí, don Fernando.
(Luis se interpone entre los dos. Movimiento de todos. La templanza y dulzura de Luis deben contrastar con lo arrebatado de D. Fernando y la exaltacion de D. Pedro.)
La modesta medianía
que trabaja noche y dia,
paso á paso va marchando
á su objeto, sin fundar
edificios sobre arena;
y aunque á la larga y con pena,
llega en firme á edificar.
Usté empresas colosales
idea, mas se le escapa
que el interés es la zapa
que mina los capitales.
Suyo ya cuanto poseo
su gestion no es cosa mia.
¿Mas qué haremos si algun dia
como usted se vé, me veo?

PEDRO. Morir. Para caso tal
(Presentándole la pistola que ocultó antes.)
guarda su bala forzada
esta pistola arrancada
á una mano criminal.

SOFIA, CONSUELO y EMILIA. Oh!

FERN. No merezco perdon.
(Horrorizado de sí mismo.)
Soy un miserable, un loco.
De mi farsa el fruto toco,
y esta terrible leccion
no recibo ni aprovecho.
Obrando como un demente,
por mis hijas solamente
hice todo cuanto he hecho...

y llorar veo á la una (Por Emilia.)
con mi fortuna infeliz,
y á la otra veo feliz (Por Consuelo.)
porque perdí mi fortuna;
y tanta fué mi demencia
y tal mi ceguera fué,
que por pobre desprecié
al que es hoy mi providencia!

CONS. y EM. ¡Padre!

SOFIA. ¡Fernando!

FERN. Un poder
(Sofia y Emilia entretienen á Luis.)
tiene usted, don Pedro, mio.
Á usted todo lo confio.
Me voy para no volver. (Lo abraza.)

PEDRO. Parta usted sin dilacion.
Yo quedo aquí. (Sumamente conmovido.)

CONS. No; usted sabe
(Rápidamente, al comprender su angustia.)
que cuando en Madrid acabe
le espera en Huelva un rincon.

FERN. Sí, sí, sí, y juntos allá,
(Lloroso y esforzándose por disimular.)
y trabajando á destajo,
de la riqueza el trabajo
la puerta nos abrirá.
(Movimiento de todos.)

CONS. ¡Papá! (Suplicándole que se deje de planes.)

FERN. ¡Qué! ¿Tú así no opinas?
Pues no llamaré á esa puerta.
Nada: cavaré en la huerta;
¡cuidaré de tus gallinas!
Tengo á mi pasado miedo
y otro hombre pretendo ser.
¡No mas querer es poder,
donde hay un QUIERO Y NO PUEDO!

FIN DE LA COMEDIA.

icienta.
madreno.
icio.
e viento.
Correlargo.
imiento.
i mujer.
s.
René.
Iurillo.
Catana.
vida.
in.
oto.
campamento, ó
ca.
e la niebla.
trimonio.
l.
o.!
a.
undida.)
na.
pájaro.
as.
ia.
paredada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ley.
idas
a.
el Alcalde pro-
pera.
ja.
ano.
uecos.
era.
il.
rico.)
ioja (*Música.*)
rieres.
in pollo.
noro.
nimal!
Mayor.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumens y I. Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Moreillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno:
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vincnt.
Málaga.	J. G Taboadela Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgad
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y H de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alva
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierr
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Ma*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierr
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. He
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Com
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Ca
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tej
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de
Ubeda.	T. Perez
Valencia.	J. Garcia, F. Nava Moriana y Sanz
Valladolid.	D. Jover y H. de
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Di
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo y A. J
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. C Comp. y V. de

MADRID.

Librerias de la Viudá é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.